

Información Importante

La Universidad de La Sabana informa que el(los) autor(es) ha(n) autorizado a usuarios internos y externos de la institución a consultar el contenido de este documento a través del Catálogo en línea de la Biblioteca y el Repositorio Institucional en la página Web de la Biblioteca, así como en las redes de información del país y del exterior con las cuales tenga convenio la Universidad de La Sabana.

Se permite la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este documento para todos los usos que tengan finalidad académica, nunca para usos comerciales, siempre y cuando mediante la correspondiente cita bibliográfica se le de crédito al documento y a su autor.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, La Universidad de La Sabana informa que los derechos sobre los documentos son propiedad de los autores y tienen sobre su obra, entre otros, los derechos morales a que hacen referencia los mencionados artículos.

BIBLIOTECA OCTAVIO ARIZMENDI POSADA
UNIVERSIDAD DE LA SABANA
Chía - Cundinamarca

Los Zapatos de mi Gente

Mariandrea Cortés Durán

Universidad de La Sabana

Nota del autor

Proyecto creativo escrito

Asesor: Mauricio Díaz Calderón

Contenido

Introducción	3
Los Zapatos de mi Gente	4
Mil y un maneras de narrar la vida	8
El contenido de los zapatos.....	10
El andar en mis zapatos	11
Capítulo 1: la crónica y el perfil	15
Capítulo 2: Un perfil de los grandes de la crónica y la fotografía	21
El día que entrevisté a Leila Guerriero; Un café por Skype	21
Un monstruo de la crónica anda suelto en los rincones de Colombia:	
Entrevista a Germán Castro Caycedo.....	40
Joao Roberto Ripper, “La belleza necesita gritar”	47
Capítulo 3	
Colombia en el corazón de Tuchín	51
Manguaré, por la oscuridad brillamos	62
Amazonas	74
Agradecimientos	92
Referencias	93

Introducción

Los Zapatos de mi Gente es un viaje a diferentes ciudades y regiones de Colombia por medio del cual busco, valiéndome de este papel de trabajo, contar y enganchar al lector con historias de colombianos en diferentes rincones del país.

Además de llevar a la práctica el ejercicio del periodismo escrito aprendido a lo largo de 4 años y medio en la facultad de mi Alma Mater, el propósito principal de Los Zapatos de mi Gente es que, por medio de este trabajo tangible, pueda obtener el grado de Comunicadora Social y Periodista de la Universidad de La Sabana.

Con esta intención decidí embarcarme en una aventura en la cual pudiera encontrarme con nuestras raíces etnológicas y culturales en sus fuentes y en su entorno natural. Así, tanto en la investigación como en la ejecución busqué aplicar el mayor rigor académico posible pero siempre guardando total respeto por los personajes y las comunidades con las que conviví para llegar al fondo de sus corazones.

Teniendo ya claro mi objetivo, viajé por un rincón poco conocido de nuestro país: Tuchín, a dos horas en bus de Montería, la capital de Córdoba; Punta Gallinas, a seis horas en camión de Riohacha, capital de la Guajira; Golfo de Morrosquillo, en el Municipio de San Onofre – Sucre; y la Amazonía colombiana partiendo de su capital, Leticia. Y fue así como supe qué era tomar tinto con los campesinos que cultivan el café; a qué saben las arepas en Antioquia y el Eje Cafetero, las frutas de la región andina y lo que se siente vibrar con los amaneceres de la Costa caribe y los atardeceres de los Llanos Orientales. Esa es Colombia.

Finalmente, seleccioné cuatro historias de vida, cuatro personajes que con su forma de vivir, son el ejemplo de los valores que quiero destacar. Empezando por Trini, una niña que vive en Tuchín, lugar donde se hacen las artesanías más destacadas de Colombia; Álvaro, emprendedor

paisa que construyó y guarda la reserva natural de San Guaré, La Guajira y Amazonas, el encuentro de varios personajes colombianos y extranjeros que muestran la riqueza de nuestra nación y de lo que ella hizo en sus vidas y corazones.

De esta inmersión en la vida de comunidades desconocidas por la gran mayoría de los colombianos, pude extraer gran parte de lo más bello, lo más importante, lo más humano de nuestra herencia cultural colombiana y es para mí, tan importante como el viaje mismo por mi país, que quienes lean estas crónicas se aproximen a lo que vi, escuché y viví.

Los Zapatos De Mi Gente

Los Zapatos de mi Gente es una iniciativa que surgió de la curiosidad que tengo por conocer, desde mi niñez, mis raíces, con el fin de entender por qué suceden las cosas que pasan en el país.

En esta iniciativa todo se trataba de abrir los ojos y vivir experiencias humanas que no estuvieran infectadas por una globalización de la que somos esclavos. Esto, sumado a lo poco que conocía de mi país, de mi cultura y de una sed por viajar, descubrir y entender las riquezas, las costumbres, pero, sobre todo, el corazón de las personas y las razones por las cuales viven como viven en su entorno. El objetivo último consistía en añadirle a esto el espíritu de investigación periodística para así transmitir la realidad humana, como corresponde a todo comunicador.

Mi inspiración por hacer un viaje de este tipo se alimentó, paradójicamente, de dos mochileros¹ europeos que encontré haciendo excursiones por Brasil y Perú.

Thomas Follie, un austriaco que llevaba dos años conociendo los 5 continentes y con las mismas inquietudes que yo tenía y que, después de haber viajado y conocido Colombia, concluyó que este es un país que sobresale por encima de todo lo que ha conocido. Él registraba con una

¹ Mochilero: Persona que viaja a pie y con mochila. Definición del diccionario de la Real Academia Española.

Canon y un teléfono inteligente todo, su idea era publicar un libro que despertara al mundo frente a las verdades culturales que iba conociendo. Después de sus visitas a Colombia, resolvió escribir un libro sobre lo que para él es la “verdadera Colombia”. Quería aclarar los juicios erróneos que la gente tiene. Reconoció que Colombia era mucho más que droga, violencia y guerrilla. Exploró el país por más de un mes y el libro que escribió cuenta su experiencia, pero el eje central y los capítulos protagónicos están dedicados a Colombia.

Mi segunda inspiración es Christianne Waserma, una joven holandesa de 32 años que ha viajado más de 4 veces a Colombia; en cada oportunidad explora una región diferente. Asegura que conoce más festivales y carnavales que cualquier colombiano. Para ella es único el calor humano que encuentra en Colombia.

Estos dos personajes, de nacionalidades, costumbres y modos diferentes, pero con la misma pasión por Colombia, me “jalaron las orejas” pues no entendía por qué a pesar de que yo he viajado a diferentes países alrededor del mundo, no conocía mi propio país, mientras ellos se quedaban cortos al describir lo que iban descubriendo cada día en buses, a caballo, en canoas y a pie.

En fin, conozco cuatro continentes y muy poco de Colombia, he invertido dinero y tiempo en otros países, pero desconozco la realidad de mi tierra, de mis paisanos y de mi cultura. Y a raíz de mi situación personal, me asaltó la siguiente pregunta: ¿Por qué los colombianos preferimos conocer más allá de nuestras fronteras, pero pocos son los que se interesan por su país?

Todo esto me llevó a entender que, para muchos colombianos, las alpargatas, los zapatos de su gente, no pueden ser usados, porque significa entrar en el papel de ser colombiano y que poco nos regocijamos cuando viajamos por Colombia, es como si estuviéramos ciegos ante lo más bello de nuestra patria: nuestra raza, nuestra cultura, nuestros valores, nuestra historia, nuestros ancestros, lo auténtico. Viajando por Colombia, conociendo cada rincón, cada dicho, cada platillo

típico, es quizás la mejor manera de entender lo que es “meterse en los zapatos del otro”², y así, entender las necesidades de las personas, su forma de pensar en un país tan rico y diverso como lo es el nuestro.

Los Zapatos de mi Gente nace en la cotidianidad, en lo pequeño, en lo simple. Es la historia de cada colombiano, que comparte una misma raíz, la que va construyendo el gran y frondoso árbol que es Colombia. Es en los zapatos, el andar y en los pasos que da cada día el colombiano, donde se conoce y se encuentra con su destino y se dirige a su meta. Los Zapatos de mi Gente va a lo más básico del ser humano para descubrir qué es aquello que lo mueve todos los días, y qué lo empuja a luchar y trabajar.

Colombia es un país de conflictos que en este momento y en medio de muchas dificultades como lo es la hambruna en la Guajira, la crisis del sector energético, el agotamiento de sus recursos naturales como el petróleo, la contaminación de ecosistemas como La Ciénaga Grande de Santa Marta entre otros problemas, está atravesando por un momento crucial en su historia: está en juego un proceso de paz con la guerrilla más antigua y grande de América Latina. Al tiempo, se asoma un proceso similar con el ELN y, al final, parece que el país está caminando hacia la paz.

Oriana Fallaci, periodista y escritora italiana, escribió en su libro *Entrevista con la Historia* una idea que sintetiza la base de este proyecto.

Fallaci (1976) afirma:

“No es raro, ante un acontecimiento o un encuentro importante, que sienta como una angustia, el miedo de no tener bastantes ojos, bastantes oídos y bastante cerebro para ver y oír y comprender, como una carcoma infiltrada en la madera de la historia. No exagero cuando digo que cada experiencia profesional dejó jirones del alma. No me es fácil decir para mis adentros; no es

² Dicho popular

necesario ser Herodoto; por mal que vaya aportaré una piedrecita útil para componer a la gente. Y si se equivoca, paciencia” (p.10)

Este es el motor de *Los Zapatos de mi Gente*. Cada entrevista fue un jirón del alma, cada personaje me contó sus fortalezas, debilidades, sus más profundos sueños y anhelos y aquello por lo que teme todos los días desde que se despierta hasta que regresa a su cama a dormir.

Es inmensa la responsabilidad de describir a un país, aún más la de hablar sobre su gente, pero no lo supera la responsabilidad de ser la voz de las personas, como lo soy en las historias plasmadas en estas hojas. O como Darío Jaramillo (2012) cita a Carlos Monsiváis en *Antología de crónica latinoamericana actual*, cuando dice: “en lo tocante a la dimensión moral de la crónica la idea fija que se impone por un tiempo largo le adjudica al género el darle voz a los que no la tienen: pobres, indígenas, mujeres discriminadas, jóvenes desempleados, trabajadores migratorios, los presos, los campesinos.” (p.28). Pretendo que los lectores abran los ojos del alma en cada historia, en cada crónica, en cada personaje. Es decir, mostrar lo que los medios olvidan, lo que las personas sin voz no pueden decir.

Así como Fallaci entrevistó a los protagonistas de la historia, yo entrevisté a los protagonistas de la vida común, a los héroes escondidos que brillan en el anonimato y que simplemente buscan, con su calidez, dejar una huella en una sociedad repleta de personas ausentes del devenir de la nación.

El escritor francés Antoine de Saint Exupery, autor de *El Principito*, con su frase célebre *Lo esencial es invisible para los ojos*, fue un hilo conductor importante a lo largo del trayecto. Porque para descubrir lo esencial es indispensable sumergirse en la humanidad, en los detalles y observar y escuchar una y dos y hasta 10 veces.

En este documento se encontrarán fragmentos de dolor. Hay pobreza, soledad e incluso frustración. Cada historia tiene una dosis de sufrimiento que al final significa triunfo: el triunfo de lo bello, lo pequeño, lo sencillo lo que hace grande a las personas, lo bien hecho.

Esa es la vida, esa es la realidad, que está compuesta de momentos difíciles, pero a su vez momentos de alegría y felicidad, sin embargo, es cada uno, cada personaje en su infinita libertad quien escribe su historia y encamina su destino.

A largo plazo mi intención es que este proyecto se convierta en una guía para muchos, que trascienda en un libro nutrido de más crónicas que los colombianos puedan leer y embriagarse con la belleza de personajes escondidos entre montañas, llanos, islas y golfos de este inmenso país, y que de esta forma se cierre la brecha de la indiferencia de los colombianos con nuestra patria.

Se presentarán tres historias de tres regiones específicas del país con diferentes enfoques, costumbres, geografías, necesidades y por lo tanto distintos problemas.

Mil y un maneras de narrar la vida

Se preguntarán entonces porque escogí el periodismo narrativo como método de trabajo. La respuesta es simple: de los géneros periodísticos, la crónica, el perfil, el reportaje son los que me permiten contar lo que quiero plasmar de tal forma que las personas que lo lean tengan la oportunidad de quedarse con una parte de lo que viví. Es ella la que deja narrar los acontecimientos de la vida de mil y un maneras. El periodismo narrativo le permite tanto al escritor, como al lector ahondar en lo más profundo de la sensibilidad humana, deja tocar vidas, transformar realidades y lo más importante: la crónica trasciende, deja huellas y legados.

Reitero que por esto, elegí el perfil como género oficial para llevar a cabo este proyecto; en ella está la magia que no tienen, por ejemplo, los géneros informativos. La crónica da las herramientas y las posibilidades para expresar lo vivido, lo que sienten los demás, lo que anhelan,

luchan y temen esos seres humanos que son protagonistas de sus historias. La crónica relata lo que los demás quieren conocer.

Oriana Fallaci dice en el prólogo de su libro *Entrevista con la Historia* que es solamente el periodismo el oficio que le permite vivir la historia en el instante preciso y ser testimonio del mismo. “El periodismo es un privilegio extraordinario y terrible, no es raro, si se es consciente, debatirse en mil consejos de ineptitud” (Fallaci, 1974). Creo entonces que ese gran privilegio recae fuertemente en la crónica como género, es ella la que nos da el regalo de entablar conversaciones, diálogos y relaciones personales tan profundas y extraordinarias que cualquier otro género quedaría corto para poder plasmar en un papel la realidad y la historia de cada persona, que deja como dijo Fallaci: *girones del alma*. Y entonces aportar *una piedrecita útil para componer a la gente*.

En el transcurso tanto de *Los Zapatos de mi Gente* como en el de la vida, he sentido una profunda empatía con la gente. A lo largo del camino, mientras recorría los pueblos y ciudades de Colombia, me fue imposible sentarme a hablar, escuchar y escribir con un corazón desprendido, ajeno y frío. Logré penetrar en sus historias, vivirlas con ellos y escribir entonces aquello que merece ser contado por su riqueza, no solamente emocional, sino humana, moral e histórica.

Este trabajo se planeó 6 meses antes de emprender el viaje. Leyendo cronistas de talla mundial y nacional como Leila Guerriero, Oriana Fallaci, Gabriel García Márquez, Germán Castro Caycedo y Alberto Salcedo Ramos, entre otros. Fue ahí cuando empecé a empaparme de los estilos periodísticos y enfocarme en lo que quería realmente. Leí y conocí los tipos y estilos, entonces, definí lo que iba a hacer. Me encontré con las crónicas viajeras, los perfiles, las crónicas reportaje y las informativas. Así fui concretando qué se ajustaba y qué no.

El contenido de los zapatos

Esta tesis está dividida en tres capítulos. En el capítulo número uno se explicará la delgada línea que hay entre una crónica y un perfil. Estos dos géneros van de la mano, debido a que los dos hablan y describen vidas humanas, realidades, los dos requieren de una investigación y conocimiento del entorno, la historia pero sobre todo de la persona. Así que en el primer capítulo habrá una inmersión en lo que significa, pero sobre todo lo que es el género periodístico; la crónica y el perfil.

En el capítulo número dos, se encontrarán con un perfil y dos entrevistas detalladas. El primero será el de la escritora argentina Leila Guerriero, quien a través de una entrevista telefónica de una hora habló sobre el oficio del periodista literario y su trayecto como escritora, periodista y cronista. En segundo lugar, se encontrará una entrevista detallada con el cronista colombiano Germán Castro Caycedo, quien habla sobre la crónica, los escritores colombianos y el futuro de este género en nuestro país y Latinoamérica. Por último, encontrará la entrevista/perfil del fotógrafo brasileño llamado Joao Roberto Ripper, quien ganó el premio de *Brasil Fotografía* en el año 2014.

Estos tres personajes, diferentes uno del otro, son complementarios en el trabajo de Los Zapatos de mi Gente, porque cada uno hizo un aporte, en la escritura, en la fotografía y en la forma de poder plasmar la realidad.

Y en el tercer y último capítulo se encontrarán las tres historias recopiladas a lo largo del viaje en Colombia. El primer perfil es el de Trini en Tuchín, una niña de 16 años que en el baile, el sobrero vueltaio y las costumbres regionales encontró el sentido de su vida y la forma de salir adelante a pesar del pasado de su familia y las decisiones de sus padres. El segundo relato es el de Álvaro, un joven emprendedor que hoy es señor y dueño de la reserva natural Sanguaré, ubicada

en el Golfo de Morrosquillo. Y finalmente, la última historia es la de Juan Pablo de Angulo, un rolo apasionado por la naturaleza que se sumerge en la selva amazónica y allí se encuentra con algo más grande que la naturaleza.

El andar de mis zapatos

El siguiente paso fue armar el mapa del trayecto. Tenía solamente un mes para recorrer lo que a mi criterio eran lugares ricos en cultura e historia y donde encontraría relatos e historias de vida cautivantes.

Después de tener listo el recorrido y el presupuesto del viaje, comenzó una de las tareas más arduas. La consecución de recursos, donaciones y patrocinios para llevar a cabo este proyecto de grado.

El proyecto fue muy completo, ya que no solamente se basó en viajar, investigar y entrevistar a la gente, sino en un trayecto detallado, unos fondos exactos, una investigación en tiempo real, un blog de viaje, una bitácora, un compañero de viaje y una página en Facebook (que alcanzó 550 me gusta) donde a través de fotos y videos mostraba las experiencias, los lugares y los compañeros del camino, contaba pequeñas historias cada día.

El viaje empezó a finales de junio del 2015 en una finca ubicada en Santandercito Cundinamarca. El trayecto continuó en el Quindío, empezando por su capital, Armenia, y continuando con otros municipios del departamento como Córdoba y Calarcá. Seguí subiendo a Caldas, donde visité solamente su capital: Manizales. Seguí para Antioquia, donde después de mucho campo, verde y poco cemento llegué a la gran ciudad de Medellín. Avancé hacia el norte y llegué a Sincelejo, capital del departamento de Sucre, allí me desvié a un pequeño pueblo tanto en población, como en área, pero enorme en riqueza cultural, su nombre es: Tuchín. Allí nace, en las manos de expertos tejedores del sombrero vueltaio, ícono de las artesanías colombianas. Seguí el

camino y pasé la noche en Moñitos, pequeña playa del departamento de Córdoba. Al día siguiente, tomé un bus rumbo al Golfo de Morrosquillo, donde paré en San Onofre, para tomar una moto que me llevaría a la reserva ecológica de llamada Sanguaré, un lugar escondido en la selva y la playa del Golfo de Morrosquillo.

Después del Golfo me fui a Cartagena, pasé una noche en la ciudad amurallada y al día siguiente tomé una lancha que me llevó a la Isla Grande del archipiélago del Rosario. Estuve 2 noches y 3 días, después tomé la misma lancha y volví a Cartagena para tomar un bus que me llevaría hasta la capital de La Guajira: Riohacha.

En Riohacha dormí una noche y al día siguiente tomé una camioneta todoterreno para cruzar el desierto, pasando por Uribia, Manaure y su producción de sal natural, hasta llegar ese mismo día a Punta Gallinas, el punto que se conoce por ser el más nórdico del país y del continente suramericano. Pasé dos noches en Punta Gallinas y una en Cabo de la Vela.

Después del largo recorrido tomé un avión de Riohacha a Bogotá con parada de una noche y al día siguiente tomé otro avión de Bogotá a Leticia, la capital del Amazonas. En Leticia me subí a una lancha con dirección a una reserva ecológica en medio de la selva y del río Amazonas, pasé 3 noches en esta reserva llamada Natura Park y una noche en una posada a pocos kilómetros de Leticia llamada Flor de Loto, aquí pasé la última noche de mi recorrido por Colombia. Allí culminó mi viaje y regresé a Bogotá el 27 de julio del 2015 después de un mes de viaje.

El Premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, narra su experiencia en su libro: *Noticia de un Secuestro* al entrar en contacto con la fuente directa, el dolor que sintió y la confianza que entabló con cada uno de los involucrados en la historia del secuestro, tanto la protagonista del secuestro, como su familia, sus amigos y los involucrados. Cuenta la intimidad a la que llegó para

que cada personaje le abriera el alma, los recuerdos de la mente y el corazón. Fue así como realizó la ardua tarea de escribir de la manera más adecuada y precisa cada vivencia.

García Márquez (1996) narra:

“Entrevisté a cuantos protagonistas me fue posible, y en todos encontré la misma disposición generosa de perturbar la paz de su memoria y reabrir para mí las heridas que quizás querían olvidar. Su dolor, su paciencia y su rabia me dieron el coraje para persistir en esta tarea otoñal, la más difícil y triste de mi vida”.

Al igual que el premio Nobel, desde el momento en que dejé Bogotá para empezar el trayecto en Santandercito y comencé las entrevistas con cada persona, en cada región, encontré algo parecido en cada uno de ellos. Dolor, sufrimiento y heridas. Pues aunque el propósito es narrar lo alegre, lo feliz y el éxito de cada persona, es inevitable encontrarse con estos factores. El dolor y el sufrimiento, dos protagonistas en la vida de cualquier mortal que le dan dirección, fuerza, impulso y perfección a cada historia de vida. Factores que ayudan a lograr felicidad y plenitud al ser manejado y aprovechado de la manera correcta.

En mi andar, cada personaje tuvo esa disposición generosa de reabrir para mí sus memorias, sus heridas, sus experiencias, sueños y su pasado. En ocasiones me topé con dolor, en otras con amor, paciencia y humildad, en otras me encontré con coraje, disciplina y tenacidad, y cada una me aleccionó, me instruyó y me mostró un nuevo panorama, un mundo que desconocía al estar inmersa en mi propia historia, distraída y alejada de la realidad. Básicamente cada entrevista consistió en sentarme a hablar, tomarme un tinto con cada personaje, y poco a poco fui entablando conversaciones que fueron pasando de lo superficial a lo más íntimo y profundo de la realidad de cada vida.

El tema siempre lo abordé con una premisa que desató todos los temas y me dio un amplio panorama. Todo empezaba con un saludo, después les preguntaba sobre su trabajo, su día a día, sus dificultades, y sus pasiones. Continuaba hablando de la familia, y preguntaba por la historia del lugar. Más de una vez fui con los eruditos, los conocedores, los líderes de comunidades y los nativos que conocían la historia de sus antepasados. De esta forma escogía mis fuentes, y por lo tanto mis historias, porque en cada uno encontraba algo que los demás no tenían, un liderazgo, un misterio y una forma de vivir que captaba mi atención y me hacía empezar una conversación que se convertiría en una amistad y más adelante en una historia y un legado.

Las fuentes documentales vienen de los libros, de las llamadas a las alcaldías, la consulta a las páginas oficiales y enciclopedias virtuales.

Capítulo 1: La crónica y el perfil

Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española hay dos definiciones para la palabra crónica. La primera dice: “historia en que se observa el orden de los tiempos”, y la segunda dice: “artículo periodístico o información radiofónica o televisiva sobre temas de actualidad”³.

La crónica es mucho más que estas dos definiciones. La crónica es un género periodístico que se destaca entre los demás por su profundidad, investigación y claridad a la hora de ser contado. A diferencia del reportaje y la noticia, la crónica toma una historia, busca diferentes fuentes, ahonda en el tema, va más allá y logra enganchar a su lector contando temas de actualidad y de interés. Pero sobre todo, la crónica es auténtica, diferente y sabe salir con elegancia de los estereotipos de historias ya contadas también conocidas como *cliché*.

Darío Jaramillo en el libro *Antología de crónica latinoamericana actual*, describe con precisión lo que es la crónica latina de hoy.

Jaramillo (2012) afirma:

“Un lector que busque materiales que lo entretengan, lo asombren, le hablen de mundos extraños que están en frente de sus narices, un lector que busque textos escritos por gente que le da importancia a que ese lector no se aburra, ese lector va sobre seguro si lee la crónica latinoamericana” (p.11)

Y es que el mismo Jaramillo Agudelo (2012) dice: “los cronistas latinoamericanos de hoy encontraron la manera de hacer arte sin necesidad de inventar nada, simplemente contando en primera persona las realidades en las que se sumergen sin la urgencia de producir noticias”. (p. 11).

³ Definición extraída del diccionario de la Real Academia Española.

Samper (1976) describe en la introducción del libro *Antología de grandes reportajes Colombianos*: “La llamada “crónica” era un terreno de incierta geografía donde se ubicaban varios y diferentes géneros periodísticos”.

En el libro llamado *Manual de Periodismo*, Leñero y Marín (1986) describen la crónica como el antecedente directo del periodismo actual. Es el relato pormenorizado, secuencial, y oportuno de los acontecimientos de interés colectivo. Dicen también que la crónica se ocupa de narrar como sucedió un determinado hecho y recrea la atmósfera en que se producen los sucesos públicos.

Leñero y Marín (1986) describen detalladamente las características de la crónica:

Relato: busca escribir y narrar la historia de un personaje en orden cronológico según la importancia de los hechos. La historia debe ser real, los hechos muy puntuales y no debe faltar ningún detalle importante respecto a la historia.

Público: al ser escrita por y para el público la crónica debe redactarse en un lenguaje claro, sencillo y muy atractivo.

Oportuno: el relato debe escribirse y presentarse en el momento indicado y más si se trata de un acontecimiento de actualidad. Por último, el *Como sucedió*, pues más allá de responder a las preguntas, *qué, quién, cuándo, dónde o por qué*, lo más importante en este género es *cómo*. Y toda la historia gira en torno al cómo sucedieron los hechos con todos sus detalles.

“La crónica es la reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas” (Monsiváis Carlos, 2012, p.12). Es con esta frase de Monsiváis que Darío Jaramillo empieza a dar una profunda y detallada explicación del género, que en el caso de Germán Castro Caycedo es el único género del periodismo, ni siquiera el mejor; para él es el único.

La historia de la crónica se remonta a los conquistadores. Cuando los españoles llegaban del viejo continente a Las Américas, encontrando novedad en todo, usurpando a los indígenas y escribiendo una historia de humanidad, pero por lo visto una historia literaria también.

El tiempo pasó y otros géneros periodísticos se robaron la atención y dejaron a la crónica algo abandonada. Pero fue hasta hace poco, que aparecieron los clásicos modernistas de la narrativa periodística latinoamericana. Escritores como “García Márquez, Tomas Eloy Martínez, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, forman parte de ese parnaso de padres (¡y madres!) fundadores reconocidos en todo el continente, para no hablar de pequeños dioses locales.” (Jaramillo Darío, 2012, p.13) Más adelante nos encontraremos con los monstruos de Suramérica. Martín Caparros, Tomás Eloy Martínez que describe a la crónica como la columna vertebral de la historia literaria de Argentina, y mi predilecta, la mujer que en mi opinión representa en una sola palabra lo que significa crónica, no que significa escribir apasionadamente y hacer leer al lector aún más apasionadamente: Leila Guerriero.

En inglés, italiano, francés y alemán, los padres de la crónica o el nuevo periodismo son varios. Me atrevería a empezar con Gay Talese y su increíble legado: Frank Sinatra está resfriado. Una historia que describe lo que se conoce como nuevo periodismo, una especie de literatura atrevida, entretenida y de una investigación, observación y paciencia inigualable. Están también Capote, Mailer, Thomas Wolfe, una mujer italiana, con estilo y muy atrevida: Oriana Fallaci, con

un libro que recopila entrevista a personajes de mucho poder político, social y humano y que se demoró 7 años en completar: *Entrevista con la Historia*. Una mexicana que escribe en inglés Alma Guillermoprieto y, por último, pero no menos importante el escritor, reportero, poeta entre muchos oficios más: Ryszard Kapuchinski.

En Colombia hay varios escritores que se destacan con sus crónicas, entre ellos está el fallecido Premio Nobel de literatura Gabriel García Márquez. García Márquez fue un periodista en constante evolución que logró marcar la historia de la literatura mundial con un estilo único con raíces de América Latina y por su puesto de su natal Colombia. El estilo que siempre lo caracterizó fue el realismo mágico. Sin embargo, la crónica siempre hizo parte de su trayectoria literaria, empezando por la más reconocida, su historia de vida, su autobiografía: *Vivir para contarla*. Historia donde narra su infancia, su juventud, y las experiencias y aprendizajes que le dejaron 50 años de ejercer el periodismo. Pero no podemos olvidar las obras de este maestro que dejan en alto el nombre de la crónica: *Crónica de una muerte anunciada*, *Noticia de un secuestro* y *Relato de un Náufrago*. Tres crónicas por excelencia, que como lectora me instruyeron en la manera de escribir, me entretuvieron, pero, sobre todo, me hicieron leer.

En estos tres libros García Márquez narra la realidad de una manera apasionante con el estilo literario que solamente puede dar la crónica, cuenta hechos reales sumergiendo al lector en una historia llena de color, de matices y de verdad. Esta facilidad en el género viene de su trabajo previo como periodista e investigador. Es importante recordar que en 1982 Gabriel García Márquez fue el primer colombiano en recibir un premio Nobel de literatura, la máxima distinción que recibió a lo largo de su carrera literaria, También recibió en 1971 el Doctor Honoris Causa de la Universidad de Columbia en Nueva York, en 1981 recibió la Medalla de la Legión de Honor en

Francia y el premio de cuarenta años del Círculo de Periodistas de Bogotá en 1985. Estos son solamente algunos reconocimientos que muestran el recorrido y legado de este gran periodista y escritor.

Es imperativo aclarar algunas dudas y diferencias académicas entre crónica y perfil pues estos dos géneros se comparan muy seguido y es importante destacar, a través de sus características, las razones por las cuales he decidido hacer uso de la crónica en “Los zapatos de mi gente”.

El perfil

En alguna ocasión Leila Guerriero describió al perfil como una persona vista de costado. Después entendió que era más que eso.

Como no sabía hacer perfiles –como no sabía siquiera que esos textos se llamaran así– me inventé un método que me pareció prudente: leí todo lo que pude acerca de la vida y obra del sujeto a entrevistar, hablé con un par de amigos suyos, miré tres películas, lo entrevisté dos veces, lo acompañé durante un día de trabajo y entregué un texto al que llamé, en la intimidad, un “texto integrado”. Lo de *integrado* venía, como es notorio, de la *integración* de varios recursos: material de archivo, cierta polifonía de voces, diversidad de recursos.

La verdad es que la sutil diferencia entre un perfil y una crónica puede radicar en que el énfasis de un perfil, es la crónica de la vida de una persona, es contar la historia de un personaje de la cotidianidad.

Stein habla del interés suscitado por "la gente que es noticia": el público tiene hambre de información "sobre cómo y dónde viven [...] sobre asuntos que tengan poco o nada que ver con su profesión o negocio. Existe una curiosidad sobre sus matrimonios, sus divorcios, su vida amorosa,

sus actitudes hacia los niños, y el número de vestidos o de trajes que tienen en sus armarios. La verdad es que a la gente le interesa saber más sobre otra gente, sea famosa, del común o de otra cultura, pero quiere saber historias humanas. A la gente poco le interesa la historia de un pueblo, de una empresa, la gente quiere saber más sobre otra gente”.

Hubbard dijo que el perfil tiene que ver con las pequeñas cosas sobre la gente famosa, con aspectos cotidianos del protagonista: "Los lectores están al tanto, probablemente del éxito de Brando en *Un tranvía llamado deseo* o *El Padrino*. Lo que quieren oír sobre él es a qué hora se levanta por la mañana, qué clase de whisky bebe y cuántos huevos toma para desayunar. Para Patterson los perfiles, así como el sketch de éxito o el de personalidad, se ocupan de los actos de las personas: "Son artículos de fondo que tienen que ver con los logros de hombres y mujeres, destacados o no, y con el modo en que superaron los obstáculos para adquirir carácter, fama o fortuna".

Con respecto al proceso de elaboración de un perfil, Fontaine y Glavin aclaran que no es suficiente con un par de entrevistas: “Se comienza por fuera de la persona, luego hay que circular alrededor de ella, acercarse cada vez más y al final terminar en el centro, con ella. [...] ¿Ha escrito algo? Hay que leerlo. Nadie puede escribir nada sin revelarse. ¿Ha escrito algo sobre sí? Hay que leerlo – con el cuaderno de notas al lado, de tal forma que quepa la posibilidad de escribir preguntas que surjan para hacer más tarde. Algunos escritores, además, apuntan las percepciones que tienen de la persona – no como conclusiones finales, sino como impresiones que deben ser verificadas o negadas conforme va mejorando su capacidad de comprensión.” (p. 188)

Lo anterior Samper (1976) lo complementa a la perfección al explicar que: “Talese afirma que ciertas situaciones en las que el personaje termina por olvidarse del periodista pueden ser más reveladoras que muchas horas de entrevista”.

La redacción del perfil, tal y como lo afirma Bond: “puede implicar el uso de varios recursos: la comparación, la repetición, la multiplicidad del punto de vista, el uso de citas directas e indirectas. Los escritores adoptan con frecuencia el método comparativo. Esto reporta al trabajo el interés de dos personalidades en lugar del de una sola”

Entendiendo esto, podemos decir que el perfil es un género que, a diferencia de la crónica, se preocupa por darle mucho más protagonismo a la persona como persona de interés. Las anécdotas, que nos acercan más a la crónica, en el perfil no son más que un o unos aspectos que han influido en el crecimiento de la persona. Sin embargo, lo realmente importante es el quién es la persona de la cual estamos escribiendo.

Capítulo 2: Un perfil de los grandes de la crónica y la fotografía

El día que entreviste a Leila Guerriero: Un café por Skype con Leila Guerriero

Hay una mujer argentina que representa la *crónica* de nuestros tiempos. Nació en Junín el 17 de febrero de 1967 y ha marcado la literatura moderna con un estilo potente, elegante, apasionante y adictivo. Es mi favorita entre los escritores y cronistas, para algunos, es la Oriana Fallaci de nuestro tiempo, su nombre es: *Leila Guerriero*.

Su especialidad son los perfiles. Como ella misma lo describe en *La lección de Homero*, el momento en que se enamoró de este género que deriva de la crónica y que desde entonces no ha

podido parar de escribir: “Empecé a escribir perfiles sin saber lo que hacía, cuando la definición más sofisticada que podía dar de esa palabra era la de “persona vista de costado”, “y porque fue lo único que se me ocurrió para evitar una segura humillación”. Me identifico con la infinita curiosidad de esta periodista y desearía poder meterme en su cabeza por un día o al menos unas horas para absorber y aprender. Pues en ese mismo relato afirma que es la curiosidad y la soberbia las que la han llevado a ser la cronista y la escritora de perfiles que es hoy: “hay cosas que no entiendo y que quiero entender; pero, sobre todo, por un acto de soberbia: porque siento que nadie, salvo yo, puede saciar el monstruo de mi curiosidad una vez que ese monstruo se despierta”. (Guerriero, 2008).

Uno de sus discursos más importantes es *La lección de Homero*, perfil publicado en la revista El Malpensante y leído durante el festival del Malpensante en el 2008; *Frutos extraños*, crónicas reunidas entre el 2001 y el 2008; *Plano americano*, 21 perfiles de artistas publicados en diferentes medios; *Una historia sencilla*: libro que narra la historia de los bailarines de Laborde en una competencia de vida y muerte; y su más reciente libro publicado en el 2014, *Zona de obras*, reúne sus obras más destacadas en los últimos años, artículos, perfiles, discursos y conferencias.

Leila Guerriero me ha enseñado a escribir sin ni siquiera saberlo, ha sido mi profesora sin conocerme y me ha instruido en el mundo de la crónica y literatura más que mis propios profesores; lo anterior gracias a que leer sus escritos son un placer, un pasatiempo que disfruto. Sueño con poder enganchar así sea a un solo lector de la manera como ella lo ha hecho conmigo. Sin duda fue ella en compañía de Oriana Fallaci las que más influyeron el viaje, el proyecto y la tesis. Durante el viaje leía las crónicas de viaje que Guerriero ha publicado en diferentes periódicos y revistas como El Malpensante y Soho, soy una fiel seguidora de su actual columna en el Periódico

El País de España y sueño con tomarme un café con ella antes de morir. A continuación, presento: “El día en que entrevisté a Leila Guerriero”.

Me temblaban las manos, tomaba café ansiosamente como una joven que espera a que llegue el niño que le gusta en su primera cita. Leía, leía más, hacía preguntas, una lista interminable, luego le pedía a Dios que no se me quedaran por fuera las preguntas más importantes, los detalles esenciales, porque sin duda iba a querer hablar con ella por horas. Escuchar y grabarme en la cabeza, al estilo de los mejores periodistas, cada cosa que dijera, porque como siempre y sin saberlo, ha sido mi profesora, mi maestra, la que me ha instruido en estos años de carrera como periodista, pero ella aún no lo sabe. Se lo diré tan pronto conteste el teléfono.

Faltan 20 minutos para la llamada telefónica. La ansiedad aumenta, es como hablar con un ídolo pero de esos que superan a los cantantes, las celebridades, los actores o los modelos, porque es un ídolo que, como pocos, ha sabido dejar una huella bien marcada en la cabeza pero sobre todo en el corazón, o para no ser tan cursi, en mi forma de ver la cosas.

Por temas de su trabajo y de logística no nos pudimos reunir en persona, solamente vía telefónica. Ella estaba en Buenos Aires, en su casa, y yo en Sao Paulo, en la casa de mis padres. Me conformé con eso. Aunque no olvido que un día después de leer muchas de sus obras y habiendo quedado realmente transformada con la esencia de sus líneas, escribí en un cuaderno de notas: “Cosas por hacer antes de morir”. El punto número uno decía: tomarme un café con Leila Guerriero. Después leí en una entrevista que le hicieron donde afirmaba que no le gusta el café, entonces corregí mi lista: sentarme a escuchar a Leila mientras ella se toma un té, agua con jengibre o una aromática, lo que a ella más le guste, porque yo solo me sentaré a escucharla mientras habla.

Y es que a decir verdad y con algo de vergüenza, por el oficio que ejerzo, puedo decir que Leila ha hecho que yo lea, pero que lea de verdad. Me refiero a leer con pasión, a disfrutar cada

párrafo... releer, pensar y repensar. Con frases y relatos llenos de humanidad, de profundidad literaria y de un estilo arrasador, Leila ha hecho que yo lea rápido, cosa que siempre me ha costado trabajo.

Me leí en menos de tres horas su libro *Una historia sencilla*. Tomé su libro *Zona de Obras* y leí la introducción tres veces. Y poco a poco comencé a devorar el libro y sin darme cuenta empecé a tomar nota de todos los consejos que intrínseca y directamente daba para intentar escribir bien. Empezó diciendo que como escritores debemos saber por qué escribimos, cómo escribimos y para qué escribimos.

Ella no lo sabe. Pero hice una lista especial de los artistas que dijo que debíamos escuchar. Hice otra lista de las canciones que debo cantar a grito herido y que jamás cantaré en público. Exactamente Julieta Venegas, Shakira y Raphael. Escuché a Bach toda la tarde mientras leía sin parar. Busqué las películas de Werner Herzog y antes de ver cualquiera de ellas, me aseguré de saber que jamás sería como él. Investigué a profundidad quién es Elizabeth Bishop, leí su biografía y sus poemas, me fascinaron sus escritos de viajes. Me identifiqué al ver que Brasil se convirtió en su hogar y Santos en su ciudad.

Leí cuidadosamente el artículo de Lorrie Moore sobre cómo convertirse en una escritora, lo disfruté, me reí, sufrí. Traté de ser algo, astronauta, presidente, pero sobre todo: escritora.

Fueron días enteros de tomar sus obras. Cada una de ellas, y no sólo leerlas por encima, sino empaparme, desglosarlas, sumergirme como una flecha en el corazón de la presa y entender, y aprender, y leer, y volver a leer para ver si algún día algo de su estilo, su pensamiento, su humanidad, su perfección al escribir se impregna en mí.

Ella es mi maestra, es mi gurú de la literatura y el periodismo narrativo, es todo lo que

quisiera ser algún día si es que mis artículos, historias e intento de crónicas se llegaran a publicar en algún lado y algún gato se atreviera a leerlas. Yo quiero lograr lo que ella logra con tanta naturalidad y talento: hacer que la gente lea. Pero no a medias, ni de afán, que lean de verdad, que no puedan esperar a terminar el primer libro para salir corriendo a comprar el siguiente. Que, como yo, sea tal el desespero que llamen a más de 10 librerías, busquen el libro en catálogos de bibliotecas ajenas, en su país, en otro país.

Que la búsqueda desesperada por tener el libro en las manos, te lleve a hablar con amigos con los cuales no hablabas hace años y que el libro sea el puente para reencontrarse y saber de nuevo, sobre sus vidas, su carrera, sus sueños hasta sus decepciones y desamores. Y no parar hasta encontrarlo, tenerlo en las manos, nuevo, con olor a papel, para rallarlo, escribirlo y pasarlo por donde sea que vas.

Esta argentina de crespos similares a los míos, ha sido atrevida, pero sobre todo arbitraria. No le ha temido a ningún editor y, sobre todo, no ha tenido miedo de decir lo que quiere, lo que siente y lo que después de una entrevista se debe decir: la verdad.

Ha sabido devorar a la presa a la hora de la entrevista, sacarle el jugo cuántas veces sea necesario para obtener hasta el más mínimo detalle, la información más veraz y acertada, y después ha sabido desaparecer con elegancia y perspicacia. Ha tenido lo que pocos tenemos, el tesoro que solamente se cultiva, se aprende y se perfecciona con el tiempo, la joya que hace de un cronista, el mejor, lo que hace que sobre salga entre el montón: la paciencia.

Leila ha tenido la paciencia que hace verdaderos sabios, y mientras la ejerce, ha sabido respetar, porque como ella misma lo afirma al hablarle a sus colegas y aprendices: "Respeten: recuerden que trabajan con vidas humanas. Respeten" (Guerriero Leila, 2014, p.14). No hay nada más extraordinario, valioso, pero sobre todo delicado, que una vida humana. No se puede trabajar

con algo que requiera de más responsabilidad, compromiso y respeto que los seres humanos.

Esta mujer ha sabido viajar de manera diferente, viajar de verdad. Ella sabe desobedecer con seguridad, tirándose a los brazos del vacío cuando le dicen que por ningún motivo debe visitar esta o aquella zona; su amor por el oficio y su responsabilidad con el periodismo la han llevado a lugares prohibidos que nunca imaginó conocer para encontrarse con historias extraordinarias que nunca imaginó contar. Eso es un periodista, eso es trabajar con pasión y vivir con compromiso, el compromiso que tiene quien escribe, con quien lo lee, un compromiso donde todo es permitido, menos que el lector se aburra. Y tomarse esta premisa en serio requiere de coraje, requiere como Leila, ser tozuda, pero también requiere de la humildad de creerse genial y después aprender. Requiere esperar y seguir esperando, pasar la vida trabajando para que la historia, el personaje y los detalles sorprendan, porque no perder la fe en los largos días donde no sucede nada: es heroico.

Y así, poco a poco, renglón por renglón, párrafo por párrafo, personaje por personaje e historia por historia, Leila me fue enseñando a tener algo para decir, a tener algo para decir, a tener algo para decir, intentando imitar al chef Michel Bras en su relato *el atardecer en un plato*, que aparece en su libro *Zona de obras*.

Guerriero (2007)

"Al atardecer el cocinero Michel Bras llevaba a los integrantes de su equipo de trabajo a la terraza de su restaurante en La campiña, y los obligaba a permanecer allí hasta que el sol se ocultaba en el horizonte. Entonces señalando el cielo, les decía: < ahora vuelvan a la cocina y pongan eso en los platos >" (p.12)

Esta Tesis, pero sobre todo está entrevista con Leila Guerriero, la gurú de la crónica, es mi intento por dejar el sol en un plato, iluminar a otros, e intentar trascender mientras aprendo a

escribir.

Ring, ring, ring.

Uno, dos y tres timbres antes de que Leila contestara el teléfono. Yo estaba en la sala de televisión del apartamento de mis padres en Brasil, Sao Paulo y ella en su apartamento de Buenos Aires. Eran las tres de la tarde del 2 de noviembre de 2016. Fueron dos meses de una búsqueda implacable para poder tener 45 minutos de conversación, con la gurú del periodismo literario, ni un minuto más, ni uno menos.

Lo primero que le dije fue gracias, gracias por la honra de regalarme 45 minutos para que yo pregunte sin piedad, indague, escuche, aprenda y deje todo muy bien grabado en mi cabeza.

La saludé, le agradecí y lo primero que ella dijo para mi sorpresa fue: **perdón**. Perdón por no atenderte con anterioridad, pues confesó que había rechazado en los últimos meses todas las entrevistas, compromisos y encuentros que no tuvieran nada que ver con escritura. Una vez más quedé impactada por su sencillez. Rompiendo el hielo de manera sutil ella empezó la conversación diciendo: “vale, hablemos un ratito”.

En ese momento, me regué en prosa. Explicándole por qué hoy estábamos hablando ella y yo. Todo se remonta al segundo año de universidad cuando leí en clase de crónica su texto “*La lección de Homero*”. Ese día mi vida cambió, por el simple hecho de encontrarme con un texto

corto, irónico, rudo y amigable al mismo tiempo, pero sobre todo profundo y sensato, cualidad que en nuestros tiempos es difícil de encontrar.

Una escritora que no temía a hablar con la verdad pero que sobre todo se había detenido en lo que para mí es lo más grande, esencial e importante: *vidas humanas, personajes*. Ese día supe que quería escribir perfiles, y no necesariamente una persona vista de costado, que quería indagar más en las historias de vida porque cada una de ellas tiene una riqueza incalculable.

Hoy se trataba de una vida poco común: ella, Leila Guerriero.

¿Cuál fue su primer contacto amoroso con las letras y la literatura, y más adelante con la crónica?

*Tengo entendido que el mundo del periodismo se le abrió desde que escribió *Kilómetro cero*.*

Cuénteme sobre ello.

Leila: Mi primer contacto como lectora, fue desde muy chica. Yo siempre leí mucho y, desde que empecé a leer, empecé a escribir. El periodismo, nunca apareció como una posibilidad en mi vida, hasta que escribí ese relato. Habiendo terminando la carrera de turismo pasé por el Diario Página 12, pensando que podía publicar ese texto, *Kilómetro cero*, me dijeron que ya no había más espacio, pero que le escribiera al director del Diario, Jorge Leonata. Le escribí, lo leyó, y terminó publicándolo dos días después en la contra tapa del diario. Así comencé a ser periodista y desde entonces no me detuve.

¿Cuál es su visión de la crónica en Latinoamérica hoy en el mundo? ¿Cómo entiende usted la crónica y cómo la práctica?

Leila: Yo llegué a la crónica desde el primer día que tuve trabajo. Porque yo no hubiera podido hacer otra cosa, soy muy lenta, muy mala para escribir noticias. De hecho cuando entré al Diario

La Nación, me ofrecieron entrar al cuerpo de información y rechacé la propuesta. A mí me gusta hacer otro tipo de trabajo en el periodismo aunque admiro mucho a los que hacen noticia y la saben hacer bien. Mira: opinar sobre la crónica en el mundo es como dar una opinión sobre la galaxia. Es demasiado gigante. ¿Qué opino? Pues me parece bien que exista en principio porque si no, yo no tendría trabajo, pero me parece que cuando empecé a trabajar nadie hablaba de crónica, aunque ésta ya existía. Poco a poco se fue generando este runn runn en torno a la crónica en los últimos años. Yo creo que antes la escribíamos sin que tuviera ese nombre, sabiendo que lo que hacíamos tenía unas exigencias propias, textos con mucho trabajo de reportería sin ser reporteros ni periodistas investigativos. Creo que con los años el género creó más ímpetu, aunque siga habiendo pocos lugares dónde publicarlo. La crónica ha encontrado un espacio en libros y en algunas revistas que defienden el género, pero tampoco hay millones de revistas que te piden: ¡Por favor quiero tu crónica! Aunque hay más revistas que hace veinte años, creo la gente no tiene mucha noción de lo que es una crónica, ésta es más de consumo interno de los periodistas.

Debo confesar que entre pregunta y pregunta me sudaban las manos. Recordé una escena en mi vida que me marcó y de cierta forma me traumatizó. Fue el día en que me presenté a la gran cadena de radio nacional en Colombia, para ser practicante de La W Radio. Ese día el editor nacional fue quien me entrevistó. Hablamos en español, en inglés y hasta en francés, todo iba muy bien hasta que me empezó a preguntar los nombres de los ministros que en ese momento yo desconocía. Al darse cuenta de ello, Juan Pablo Calvas continuó subiendo el nivel en dificultad y precisión de las preguntas y desde ese momento no tuve más respuestas, me quedé en blanco, balbuceé y salí de la oficina del conocido periodista, pálida, triste y muy frustrada. Me sudaban las manos, llegué a llorar de rabia y vergüenza porque había sido la peor entrevista en la que jamás

estuve. Una semana después, llamaron a decirme que tenía el trabajo, nunca entendí por qué.

Esos nervios que sentí aquella vez, los volví a sentir, el miedo de equivocarme, de citar mal algún autor me producía pánico. Más de una vez sus respuestas fueron crudas y yo sentía como si me estuviera regañando al decir que opinar sobre la crónica es como opinar sobre la galaxia. Su estilo directo, crudo y muy argentino me hizo dudar un par de veces, pero siempre supe defender cada punto y cada pregunta con tenacidad. Otras veces me sentí absolutamente identificada y hasta alagada al ver que ella se describe como muy lenta y mala para escribir noticias. Pensé: ¡Qué bien, ya somos dos!

German Castro Caycedo dice que la crónica refleja lo que hay y punto. Al entrevistarlo y leerlo a él vi a un cronista muy crudo con la realidad. Por otro lado cuando leo sus crónicas y escritos, veo también la realidad y la verdad pero con esperanza. ¿Cómo lo logra?

Leila: Yo no respeto mucho ese sentimiento. Así que me llama mucho la atención que digas esto de la esperanza. No creo ser una autora optimista en ese sentido. Yo creo que lo que dice Caycedo es tal cual. El reino de la crónica es el reino de lo que hay. A mí no me gustan las crónicas con mensaje, ni con moraleja, ni con esperanza. Sin embargo, más allá de eso, uno no puede hacerse responsable de lo que los lectores leen y toman. “Una historia sencilla”, creo que es una de las crónicas más luminosas que he escrito. Ese libro es una excepción a la regla. Lo que sí hay es un juego en los textos para contar las historias más facetadas, no solo el lado bueno, ni solo el lado malo, es una mezcla, y eso hace que el lector sienta cierta empatía con el escritor, pero no creo que mis textos sean esperanzadores ni con moraleja. Pero sí tienen la intención de pintar al otro lo más

real posible, cuento lo que honestamente vi sin inventarme nada.

¿Quiénes son, en torno a la crónica, sus maestros? Vivos o muertos, colegas, compañeros, y hasta competencia

Leila: cuando uno escribe, las influencias vienen de tantos lados que uno no puede decir alguien en específico. Pero en términos de maestros, Homero sin duda es uno de ellos. De los que están vivos, el trabajo que hace Martín Caparros es impecable, imparabile, me gusta mucho mirarlo con admiración. Es un tipo que ejerce el periodismo, que sale a la calle, mira, ve, está con el radar encendido todo el tiempo, me gusta su visión, su mirada tan fuerte. También, si hablamos de referentes que no están vivos y hablando en lengua hispana: Rodolfo Jorge Walsh es un autor indispensable para uno como periodista, Roberto Arls, el escritor argentino.

Los maestros no son solo periodistas, son también gente que no conozco, que incluso no está muerta, pero que me resulta totalmente inspiradora como David Wallace, una figura completamente conmovedora. Jhon Irvin, que es todo optimismo y vitalidad, también me resulta y me enseña. Poetas, una autora como Lorrie Moore. El teatro, el cine, todo son influencias pero también son maestros. Gente para buscar una guía, una inspiración, personas que se convierten para mí, en madero en la tormenta.

Una vez, Tomás Eloy Martínez dijo que la crónica era la columna vertebral de la historia literaria argentina. ¿Qué opinión le merece esta afirmación?

Leila: No conocía esa frase de Tomás. Sin duda, Tomás apostó muchísimo al periodismo en

Argentina. Dejó una fundación dedicada al periodismo llamada: Tomás Eloy Martínez, y hoy es muy fuerte. Lo cual me parece fabuloso. Es lo mismo que hizo Gabriel García Márquez con la fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, son dos tipos que tuvieron mucho que ver con el periodismo y con las novelas. Para ellos, el periodismo era una forma y un género literario al que había que prestarle toda la atención, y creo que el haber dejado ese legado, es todo un gesto.

La verdad es que me faltarían datos para pensar que la columna vertebral de la literatura argentina es la crónica y la no ficción. El primer cuento argentino: “El matadero”, es la piedra sobre la que se construye la literatura argentina, es un cuento que funcionaría como una crónica porque tiene muchos elementos reales, pero me falta mucha visión de la que tenía Tomás para poder decir algo acerca de esa frase. Sin duda en Argentina la crónica y el periodismo narrativo han tenido grandes personajes como Rodolfo Walsh y Roberto Arl, que podrían llegar a ser como Capote en Estados Unidos.

El trabajo en medios internacionales como El País de España, El Malpensante, Soho, y tantos otros, ¿cómo la han influenciado como periodista y como ser humano?

Leila: Me enseñó que si uno confía en un tema y ese tema es universal, puede llegarle a interesar a un lector de España, de México, o de cualquier lado. Hay una cuestión de la condición humana que no se agota en las fronteras. Si logras darle al punto de universalidad sobre un tema, se puede escribir casi sobre cualquier cosa, en cualquier lado.

Saltando a lo personal, quisiera tener un pequeño repaso de quien es Leila Guerriero, un poco de su infancia y juventud y por qué cosas tuvo que pasar para convertirse en la gran escritora que es hoy en día.

Leila: Primero que todo, no creo ser una gran escritora. Siempre pienso que todo está por empezar, y espero que eso me dure siempre, hasta el día en que me muera. Es muy amplio. Yo tuve una infancia en un pueblo de provincia, que es lo mejor que te puede pasar, porque juegas en la calle hasta las 12 de la noche, y los veranos son eternos, jugaba y jugaba sin parar, también leía mucho. Mis padres siempre me incentivaron en la escritura y la lectura, tuve la suerte de tenerlos a ellos apoyándome en serio, me preguntaban qué escribía, si les leía me escuchaban, me prestaban atención, me hacían comentarios, me felicitaban, en fin, fui muy estimulada. Iba cinco veces por semana al cine con mi papá y siempre estuve en contacto con la cultura y las letras. Tuve la fortuna de ser hija de unos padres de clase media que me apoyaron y me pudieron mandar a estudiar a Buenos Aires, tuve también la fortuna de que no necesité trabajar y estudiar al mismo tiempo, y aunque estudié una carrera que no ejercí, (turismo), casi apenas después de recibida empecé a trabajar en periodismo. Aunque esto parezca un lecho de rosas, no fue así, también tuve problemas vocacionales, no sabía para dónde ir, también me preguntaron qué quería hacer por el resto de mi vida cuando tenía 17 años y yo no sabía, entonces también me fui abriendo el camino poco a poco. No tenía la expectativa de ser periodista. Yo quería escribir, pero no sabía cómo cuernos uno se ganaba la vida escribiendo. La verdad es que nunca se me ocurrió que podía escribir periodismo.

El fracaso.

Pienso que a nadie le gusta, el ser humano tiene cierta repulsión y hasta odio, le huye a este enorme monstruo. Sin embargo, e irónicamente, los grandes líderes han sabido abrazar el fracaso, de hecho, como Leila, lo recomiendan, invitan, no a buscarlo pero a aceptarlo. Lorrie Moore, escritora

y poeta americana, admirada y muy leída por Leila, escribió: *“Primero intenta ser algo, cualquier otra cosa. Estrella de cine / astronauta. Estrella de cine / misionera. Estrella de cine / maestra jardinera. Presidente del Mundo. Fracasa horriblemente. Es mejor si fracasas a una edad temprana, por ejemplo, a los catorce. Una desilusión temprana, crítica, para que a los quince puedas escribir largas oraciones en forma de haiku sobre los deseos frustrados”*.

En una columna que usted escribió llamada “Arbitraria” usted da varios consejos a quienes empiezan este oficio de periodistas con anhelo de cronistas. Entre todo lo que menciona, lo que más me llamó la atención fue que usted hace un énfasis especial en perder, en fracasar, y en luchar. Quisiera saber sobre las luchas, pérdidas y fracasos que ha tenido y que han sacado lo mejor de usted en los escritos.

Leila: Mira, centenares de cosas. Unas muy puntuales otras más generales. Cosas por las que atraviesa todo el mundo. Todo el mundo ha tenido un amor, del cual está profundamente enamorado, y el otro se desenamora de uno. Yo dejé atrás una ciudad cuando me vine a Buenos Aires, también eso es perder. Me trasladé y dejé todas mis amigas, mi familia. Todo el tiempo en la vida estás perdiendo, pierdes amigos, pierdes constantemente. La vida se va bifurcando y así vas perdiendo. Decidir es perder. Lo que siempre le digo a los periodistas es: salgan y vivan, no se puede ser periodista sin tener conciencia plena de lo que significa estar vivo, que te pasen cosas, lo lindo y lo malo que le pasa a la gente que está viva.

¿Cómo funciona su método de estar 16 horas encerrada en frente de un computador para sacar un texto, un perfil o un escrito, cómo se hace eso?

Leila: Pues se hace haciéndolo, no hay otra manera, es lo único que te puedo decir. Yo creo que a cada uno le funciona el método que le funciona. A mí me funciona así, pero no pretendo decirle a nadie cual es el método correcto. Por momentos yo la paso muy mal, hay mucho cansancio. Escribir no es divertido, de hecho, muchas veces es muy aburrido, es mucho tiempo y es difícil. Hay muy poco jarajaja, de hecho, nada es jarajaja.

Cuando estoy escribiendo no hago nada que no sea la escritura. Hoy que tengo que hablar con vos, yo no puedo escribir, es un día perdido en la escritura. A mí me sirve ese método. A otra persona le sirve dormir hasta las ocho de la mañana empezar a las nueve, almorzar, salir a dar una vuelta, verse con un amigo, volver, seguir escribiendo, y les funciona. Cada uno debe encontrar su manera y no imponerse. Cada uno lo hace como lo puede hacer y lo que importa es el resultado.

¿Cómo se inspira cuando tiene que escribir sobre textos que no le gustan, no le agradan o simplemente no le nacen?

Leila: Recorro a un texto que sé que me gusta mucho. Vuelvo a libros que me inspiran, veo pedazos de películas que me resulten muy emocionantes, y trato de ponerme en contacto con los sentimientos. Sobre todo, tratar de contactar con lo que estoy escribiendo. Me recuerdo constantemente a mí misma que acepté el trabajo y que soy capaz.

¿Cómo logra usted tanta sustancia y profundidad en pocas líneas? Realmente al leer sus textos yo aprendo, de hecho podría decir que usted ha sido una maestra para mí a lo largo de mi carrera. Eso para mí es un reto como periodista y escritora: profundidad en pocas líneas.

Leila: No te puedo contestar eso. Digamos que lo que dices es cierto: profundidad en pocas líneas. El único método que conozco es el trabajo. Trabajo, trabajo y trabajo. Eso implica leer mucho, leer a la gente que lo hace muy bien, leer a la gente que lo hace mejor que uno, tratar de transformarse en el mejor vehículo para una historia, intentar cultivar una prosa que tenga carácter, que refleje la voz de uno, que uno se lea y se vea a uno mismo. Como cuando uno ve una foto de uno mismo y dice: “sí, esta soy yo”, y hay otras en las que uno no se reconoce. Pues bueno, el estilo de uno, es cuando uno ve el texto, como la foto, y dice: ¡sí, esta soy yo! Eso es el estilo y creo que de allí viene la profundidad.

El Chef Michel Bras le dijo una vez a sus cocineros al ver el atardecer, que ellos debían hacer lo mismo al volver a la cocina, poner el sol en un plato. Usted sin duda ha puesto el sol en un plato con cada obra que escribe. ¿Cómo lo ha logrado?

Leila: Yo soy bastante segura de mí misma. Cuando yo publico algo es porque siento que está bien. Sé que hay cosas que están más inspiradas o iluminadas que otras, pero nunca mando un texto hasta sentir que di lo mejor o que está decente. No soy una persona que está diciendo todo el tiempo, “qué mal que escribo, qué porquería”, no creo tampoco en eso ni en la gente que tiene ese discurso. Yo creo que si uno escribe y muestra lo que escribe es porque cree que está bien. Y poner el sol en el plato es tan sencillo como conectar, conectar con lo que estas escribiendo. Entender qué es lo que estas escribiendo y transformarte en un vehículo traductor de la realidad que estás viviendo, estar totalmente entregado al tema que estas tratando. Si haces un muy buen trabajo reportero y después te sientas a plasmar esa realidad, los recursos narrativos empiezan a venir, el sol empieza a venir al plato solito.

¿Cuántos encuentros son necesarios y cuantas entrevistas son suficientes para dejar el sol en el plato?

Leila: No, no hay. Hay cosas que se resuelven con una entrevista o con dos y hay otras que con cinco, o con siete, hasta diez. Cada tema requiere su tiempo. Hay temas que necesitan ser resueltos para la siguiente semana, y no todo requiere de cinco mil caracteres y tres meses de trabajo. La respuesta es, lo que sea necesario.

En uno de sus libros y sus historias, uno de los protagonistas menciona constantemente la importancia de Dios, de la familia y la esperanza. ¿Qué opinión le merecen a usted estos tres temas?

Leila: Si me leíste, sabrás que yo no creo en Dios. Por otra parte, creo que la mayor parte de la humanidad está formada por gente buena. Porque si no estaríamos todos a los tiros y saliendo a la calle con un chaleco anti bala todos los días. Dicho esto, creo que el animal humano es un ser bastante miserable y está a la vista de todos la miseria humana. Yo no vivo aplastada por la sensación de “qué horror o que el mundo es una porquería”, la verdad es que soy muy pesimista, pero cuando estoy trabajando como periodista, ese horror que veo me interesa para contarlo, no lo convierto en una situación personal.

Creo que la mayor parte de la humanidad es gente de trabajo, gente buena, gente que no mataría a otros, que no quiere que tiren bombas ja ja ja. Pero el ser humano es un ser complejo. Hay maldades grandes en él, pero también hay maldades que forman parte de lo cotidiano.

No me puedo despedir sin preguntarle cuáles son los verdaderos premios que puede recibir una periodista y escritora como usted. Ya recibió el premio de Nuevo Periodismo Iberoamericano, el

premio Conex, pero ¿cuáles son aquellas cosas que realmente la hacen feliz y la hacen sentir que ama lo que hace?

Leila: Un gran premio siempre es el premio que te da un gran jurado de periodistas y colegas que respetas, pero sobre todo que lees. Periodistas como Juan Villoro. Pero sobre todo, creo que el reconocimiento de los pares, eso, es algo maravilloso. Aunque para decir verdad, el mejor premio que una persona puede tener, es la satisfacción de cansancio que te queda después de escribir un texto que sabes que te quedó bien. Cuando estás mucho tiempo con un texto, y sales después de quince días, y estás cansada, no puedes más, tienes la cabeza gastada, estás físicamente agotada, no has visto a nadie más que a tu computador en quince días y le pones punto final, yo creo que ese es un premio mayor. Ese momento íntimo de saber que ya está y que está muy bien. ¡Ese es el mejor premio, y por suerte se repite cada tanto!

Gracias Leila por este tiempo y este espacio de conversación, pero sobre todo, gracias por hacer su trabajo bien hecho e impactar la vida de los que la leen. Por favor nunca deje de escribir.

Leila: ¡No! De escribir jamás, hasta el día en que me muera. Muchas gracias a ti, un abrazo Mariandrea.

Terminó la conversación, nos despedimos, colgamos el teléfono.

La entrevista con la *gurú* del periodismo era un hecho. Una grande de la escritura, una

maestra, una escritora que admiro, una mujer que con su ejemplo me ha enseñado a intentar poner el atardecer en un plato cada vez que escribo. Hoy puedo chulear en mi lista de cosas por hacer antes de morir: tener una conversación con Leila Guerriero, tomarme un café con ella, aunque haya sido por Skype.

Hoy termino de escribir esta entrevista y ansío poder ponerle punto final a este texto porque sin duda será un premio en la corta historia de una carrera que apenas comienza.

En una reciente entrevista que le hicieron a Leila en el periódico El Espectador de Colombia, le preguntaron cuál era la entrevista más difícil que ha hecho. Respondió que las entrevistas más difíciles son aquellas que requieren de paciencia, de muchos encuentros y de personajes que dicen lo mismo, sin embargo, afirmó que la responsabilidad siempre será de ella. *“Uno siempre puede equivocarse. Pienso que la responsabilidad es mía, porque el entrevistado está ahí para que yo lo entreviste bien y, si algo sale mal, es porque lo estoy entrevistando mal”*. Hoy siento lo mismo que Leila, hoy espero no haberme equivocado, espero haber entrevistado bien. Y cada vez que aquella vocecita viene a mi cabeza diciéndome sobre todo lo que pude haber preguntado y no pregunté o lo que pude haber dicho y no dije, simplemente la ignoro y agradezco a la vida la oportunidad de haber conocido un poquito más a mi escritora favorita.

Recordando siempre que cualquier entrevista que haga en mi vida, sea a ella, a Barack Obama, al Papa Francisco o al barrendero de la cuadra, tendrá la misma importancia y relevancia, porque como ella me enseñó: “trabajamos con una materia prima muy sensible: las historias de la gente”, o en otras palabras: trabajamos con lo más grande: vidas humanas.

Un monstruo de la crónica anda suelto en los rincones de Colombia: Entrevista a Germán Castro Caycedo

Germán Castro Caycedo, es un cronista por excelencia. Nació en Zipaquirá, Cundinamarca el 3 de marzo de 1940. Su nombre es conocido a nivel nacional e internacional debido a su periodismo impecable, su alta credibilidad en Colombia, y sus increíbles historias en medio de la cotidianidad. Como él mismo dice: “No es necesario escribir ficción, porque en Colombia la realidad supera la ficción”.

Durante diez años fue cronista del diario *El Tiempo*, y creó y dirigió el programa de televisión *Enviado Especial* durante 20 años.

A lo largo de su carrera ha escrito más de 20 libros, con gran reputación y reconocimiento, varios de ellos han sido traducidos a diferentes idiomas. De hecho su obra “*Mi alma se la dejo al diablo*”, fue traducida en once idiomas. Ha ganado diez premios periodísticos nacionales, y dos internacionales, empezando por el *Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar* en 1976 y repitió el año pasado en reconocimiento a su extensa obra periodística; ha sido merecedor del premio *Hernando Caycedo* en 1970, *Premio América Latina SIP Mergenthaler* en 1974 y *Premio Rodolfo Walsh* en 1999 por su libro *El Karina*.

Es el cronista por excelencia y uno de los escritores más leídos en el país. Sabe realizar la investigación exhaustiva y el contacto profundo con la realidad y sus personajes, para lograr que el lector huelga, saboree, vea, sienta y llore como si hiciera parte de la historia.

Sus obras más conocidas son: *Colombia amarga*, *Perdido en el Amazonas*, *Mi alma se la dejo al diablo* y *El Karina*.

La obra que más influyó en mi proyecto de grado y en el viaje de Los Zapatos de mi Gente fue: *Colombia Amarga*. Aunque con enfoques diferentes, el propósito fue el mismo. Él se dedicó a narrar las huellas de dolor que ha dejado la violencia en Colombia, mientras que yo busqué historias que iluminaran la oscuridad por la que atraviesa Colombia.

En diez crónicas Castro Caycedo logra informar al lector con corazón colombiano. El introduce su libro así:

Castro Caycedo (1997):

“Los reportajes y crónicas recogidos al final de mi primera etapa de oficio periodístico, son el testimonio de este sabor amargo que me deja el haber recorrido a Colombia casi semanalmente a través de siete años. (...) Sin embargo, decidí hacerlo porque son el reflejo del periodismo que viví en todos esos años, durante los cuales lo importante para mí era la obligación de comunicarle a los colombianos, hechos vividos con corazón colombiano, antes que estudiar los cánones que ahora nos esforzamos por importar de otros países”

Después de 40 años de carrera Castro Caycedo se define como cronista, y afirma que América vio nacer este género periodístico en 1500 con la Conquista de nuestro continente que trajo a los inolvidables cronistas de Indias, un siglo antes de que Don Miguel de Cervantes escribiera en castellano *El Quijote*. Desde entonces, la crónica ha estado unida en la historia literaria de América Latina. Para Castro Caycedo, los mejores cronistas desde entonces son los colombianos y hoy afirma que su favorito es Alberto Urdaneta.

En el discurso pronunciado al recibir el *Premio Simón Bolívar* el 3 de noviembre del 2015, el periodista afirmó que “el oficio de los periodistas es plasmar la vida, y ser lo más exactos y

detallados como sea posible” (Castro, 2015). Es por ello que Germán Castro Caycedo fue una inspiración a lo largo del viaje, así como de la redacción de este proyecto de grado. No solo por su experiencia, si no por su unión, compasión y amor por Colombia.

Fue el 20 de octubre del 2016, que German Castro Caycedo aceptó tener una conversación conmigo vía telefónica para este proyecto de grado. Los tiempos y las distancias no permitieron que fuera cara a cara, pero la riqueza de la entrevista con uno de los escritores más grandes que ha tenido Colombia fue invaluable. Las plasmaré a continuación.

Usted describe a la crónica como el género periodístico por excelencia, o mejor dicho como único género periodístico, ¿cómo se enamora usted de ella y dedica su vida a investigar y escribir crónicas sobre lo que sucede en su país: Colombia?

GCC: No lo describo yo, es hace 500 años el género mayor del periodismo. Es tan simple como que toda persona que inicia una profesión, quiere llegar a lo más alto, y lo más alto del periodismo es la crónica, que es el género mayor. El periodismo es escribir lo que sucede en los sitios en donde suceden las cosas, porque en Colombia somos muchas naciones culturales diferentes. Es por eso, que en cada nación cambia la cultura, cambia el lenguaje, la comida, el culto a la muerte. ¡Hay que ir a cada sitio! Más allá de escribir la historia, escribo cosas que suceden y que han sucedido en el país. Cosas que han sido y se han vuelto noticia, entonces he viajado durante 40 años o más, porque hay que ir a los sitios, a cada nación cultural.

Usted, como representante del género en nuestro país, ¿en qué forma considera que la crónica puede ayudar a construir una versión de una Colombia diferente, una Colombia en paz,

donde la guerra está, pero no es la protagonista?, ¿cómo cree que la crónica muestra la esencia de cada colombiano con su bondad?

GCC: ¡No, no! La crónica refleja lo que sucede, y, si hay violencia, refleja la violencia, si hay paz, refleja la paz, si hay invierno, muestra el invierno, si hay sequía, muestra la sequía, eso es el periodismo, mostrar lo que sucede.

Quisiera saber ¿qué lo llevó a usted a escribir “Colombia Amarga”, donde se refleja un país, amargo, violento...?

GCC: “Colombia Amarga” tiene cosas muy buenas, y también cosas muy duras. “Colombia Amarga”, son una serie de crónicas que publiqué en El Tiempo por insistencia de un editor. Yo no creí mucho en ella, pero sigue teniendo mucho éxito. La mayor parte de “Colombia Amarga” son cosas magnificas, por ejemplo, el rescate que ha hecho el Padre Javier de Nicolás, de cerca de cincuenta mil muchachos de la calle que saca de las drogas y que la mayoría, hoy en día, son profesionales. ¡Cincuenta mil!

Quisiera contarle. Mi proyecto de grado se llama Los Zapatos de mi Gente, fue un viaje que realicé durante un mes por Colombia, buscando un lado diferente de Colombia, un lado esperanzador. Lo hice porque creo que el colombiano busca extasiarse y maravillarse fuera y no dentro de su país. ¿Cómo invitaría usted, no solamente a colombianos, pero a nuestros escritores a escribir sobre lo que sucede en el país, en nuestra cultura y nuestras raíces, y no afuera?

GCC: Usted plantea varias cosas. Lo primero: la crónica no debe buscar la paz o buscar la guerra, la crónica debe reflejar la situación que existe. Este es un país violento, ¿qué hacemos? Quinientos años de sangre en este país. Tampoco digo que hay que escribir de guerra o de paz, hay que escribir

de lo que hay. Yo he escrito cien mil cosas muy buenas, historias que superan la ficción. Son cuentos populares como los cuenta el campesino. Esos son los rasgos de Colombia.

Sobre los periodistas y los cronistas de Colombia, me aterra la ignorancia tan verrionda que tienen de este país y de todo. Si usted oye como mencionan los pueblos y las ciudades, no dan con el acento ni las expresiones correctas. Dicen treinta y un manzanas en lugar de decir treinta y una manzanas. Y esa ignorancia es lo mismo para todos en el país, no hay geografía, los periódicos no tienen corrector de estilo, solo dejan que el computador corrija. Un periodismo de una ignorancia que atropella.

Cuéntenos de la humanidad y la importancia de las personas en cada crónica. De cada personaje, de cada entrevista y cómo logra usted no solamente describirlos si no poner sus rasgos más importantes, para poder contar de manera apasionante una historia.

GCC: Todos los seres humanos son demasiado importantes. Usted en cada crónica debe hacer un esbozo de la personalidad. ¡No diciendo que tiene unos ojos bellos y una mirada profunda, no! Es reflejando a través de la entrevista que usted hace, los caracteres psicológicos del entrevistado. Gracias a la entrevista que es una parte de la crónica, usted parte de la manera de ser, de sentir y de pensar del personaje. Buscando siempre la calidad humana, su inteligencia, su preparación, la adaptación a su medio.

¿Cómo le diría usted a los jóvenes que buscan hoy ser cronistas que se preparen para ello?

GCC: Les diría que tienen que ir, que tienen que investigar, que tienen que observar, pero que sobre todo tienen que ir a huevo, al lugar donde suceden los hechos. En la Guajira no se habla el mismo lenguaje que se habla en el Amazonas, ni en Antioquia el mismo de Boyacá.

El culto a la muerte es diferente en cada lugar, en Arauca bailan el zumba que zumba agradeciéndole a Dios que ese bebé no haya pasado por este valle de lágrimas, en el Pacífico es otra cosa, en La Guajira se visten de negro y se contratan lloronas. ¡Por eso es que a huevo hay que ir a los sitios, pero a huevo! Nada de pensar que desde Bogotá usted pueda hacer la crónica, no, no, no.

¿Cómo logra usted sacar la verdad?

GCC: Primero, el periodismo no es objetivo. No es, no hay, y no ha habido ni habrá. Eso se quedó en el siglo antepasado. El periodismo tiene dos cosas: precisión y equilibrio. Para sacar una versión más aproximada a la realidad, usted debe entrevistar a la mayor cantidad de personas posibles. Si un camión se estrelló, yo tengo que hablar con el testigo A, y al testigo B, tengo que entrevistar al chofer del camión A y al chofer del camión B y es así como puedo sacar el equilibrio. Debo saber el lugar exacto, la hora exacta, el momento, así podré saber la precisión. Haciendo equilibrio y precisión saco lo más cercano a la realidad.

¿Cuál cree usted que es la mejor forma de ponernos en los zapatos de los colombianos y poder así contar sus historias?

GCC: Algunos colombianos. No todos. Lo único que yo sé y aprendí hace cincuenta y ocho años es que si usted quiere contar historias debe ir al lugar donde sucedieron. Ponerse en los zapatos de un araucano, no son zapatos, se llaman abarcas, en Boyacá son alpargatas, los de un guerrillero son las botas de caucho. Eso es cultura, usos y costumbres.

¿Cuál es el futuro de la crónica en Colombia?

GCC: En Colombia hay muy buenos cronistas. Hemos tenido la mejor crónica de América Latina y hay cronistas maravillosos, son muy pocos, pero son magníficos. Por ejemplo: Marisol Gómez, Eduardo Soto y Mauricio Gómez. No hay desesperanza en la crónica de Colombia, hay un país de ignorantes, pero entre esos ignorantes hay muy buenos cronistas aunque no sean demasiados.

¿Cuáles son las características por excelencia de los grandes cronistas?

GCC: Que manejan todos los géneros del periodismo y buscan lo que es noticioso, que tenga un cargamento humano, que tenga cultura, costumbres, que refleje el país, que tenga ritmo, que tenga suspense, y que manejen el factor sorpresa.

Ahora ¿a qué se dedica?, ¿está viajando o está escribiendo?

GCC: ¡No, yo no descanso! Porque escribir y hacer periodismo es una pasión. Ahora estoy escribiendo unas historias del Caribe. Voy y vuelvo. Me quedo a vivir allá, vuelvo, transcribo, estudio, vuelvo a vivir allá, y ese es el sistema que el trabajo de escritor le va dando a uno.

¿Quiénes han sido los autores y obras que lo han inspirado e instruido?

GCC: El cronista más importante del siglo pasado que me guió leyendo, es German Pinzón, es el gran, gran, gran cronista. He aprendido de muchos. Le daré unos brincos. 1800s, el papel periódico ilustrado, salte a 1936 y se encontrará con José María Jiménez, salte a El Espectador, los hermanos de Castro, Camilo López en El Tiempo, Marco Tulio Rodríguez en El Espectador, autor de crónicas sobre municipios olvidados. De todos ellos he aprendido pero ante todo, de Germán Pinzón. Hay un libro que se llama “Reportero hasta morir”, una colección de crónicas de German Pinzón, ese es sin duda un libro importante para mí.

¿Le ha pasado el síndrome de la hoja en blanco?

GCC: A mí nunca jamás me pasó. Porque la crónica es investigar, ir al sitio, una dos, tres, diez veces, hacer con cada personaje, una, dos, cinco entrevistas, y mientras tanto usted va y vuelve. Voy, veo, vuelvo, transcribo notas, ahí veo para dónde va la historia, voy, vengo, voy, y solo cuando creo que he terminado el trabajo de campo ahí empiezo a escribir, entonces no tengo página en blanco, eso le pasa a los novelistas, no a los cronistas.

Germán Castro Caycedo tiene una personalidad arrolladora, o por lo menos eso es lo que se siente cuando uno habla con él. Tiene sus ideas claras, ama lo que hace, o más bien desborda de pasión por su oficio, conoce muy bien su campo, no tiene miedo a llevarle la contraria a nadie y deja sus ideas claras con determinación. No en vano es quien es. Es simpático pero algo agresivo, parece enojado y algo tosco.

Y fue así como terminó la entrevista con un grande del periodismo en Colombia, una conversación que trascendió de una simple entrevista a lecciones de vida, de periodismo, escritura, humanidad y por supuesto: crónica.

Joao Roberto Riper: “La belleza necesita gritar”

A lo largo del viaje me acompañó la fotografía, pues sin ella sería difícil recordar lo vivido. También, el fotoperiodismo desempeña un papel muy importante en cada experiencia y por lo tanto en cada historia.

Son muchos los periodistas que cuentan sus historias a través de imágenes, algunos enfocados en la naturaleza, otros en la guerra, otros en la luz o el mar, pero el fotógrafo que me

cautivó antes de empezar este proyecto y me abrió los ojos a la belleza se llama: João Roberto Ripper.

A él lo conocí a través de sus fotos en Sao Paulo, en el Espacio Cultural de Porto Seguro mientras sus fotos eran exhibidas en el mes de agosto del 2014. Al ver su trabajo y su arte quedé profundamente conmovida, investigué y me di cuenta que J.R. Ripper había dedicado su vida para ir en busca de fotografías que defendieran los derechos humanos en los lugares más recónditos de Brasil. Con su lente denunció, habló y gritó su descontento con la pobreza, la esclavitud ilegal que aún hay en diferentes zonas de su país, pero sobre todo, logró capturar imágenes profundas, hermosas y dolorosas a la vez. Este proyecto creado por él se llama *Imágenes Humanas*. Fueron estas fotos, las que lo hicieron merecedor del Premio Brasil Fotografía en 2014, uno de los más importantes del país en cuanto a fotografía.

João Roberto Ripper nació en Rio de Janeiro en 1953. Conoció la fotografía cuando tenía 18 años de edad y fue Julio Cesar Perea un amigo cercano y fotógrafo de profesión quien le enseñó y lo instruyó en el mundo de la fotografía. Su pasión por este arte creció tan rápido que entró a trabajar a un laboratorio fotográfico donde empezó a aprender las bases de este arduo oficio. Empezó por retratar fotos de bodas, familia y hasta fotos para documentos y pasaportes. Sin embargo, nunca dejó de lado las fotos, retratos humanos, su gran pasión.

Estudiaba periodismo y trabajaba al mismo tiempo para poder pagar sus estudios. Pasó a ser fotógrafo de periódico y participó en movimientos por los derechos de los fotógrafos, más adelante trabajó en agencias independientes.

Trabajó en *Globo* uno de los periódicos más importantes de Brasil, fue uno de los fundadores en Rio de Agencia F4, una de las agencias de foto periodismo más importantes y reconocidas de Brasil. Fue allí donde decidió trabajar con la fotografía para defender los derechos humanos de su gente. Creó una ONG y una Agencia para ello, la llamó *Imagens da Terra*, ésta duró 8 años y en este tiempo trabajó con jóvenes fotógrafos, quienes tuvieron el privilegio de ser instruidos por él. Actualmente sus alumnos trabajan para periódicos urbanos, y con lo que ganan hacen documentales fotográficos de conflictos en la vida rural. Con el tiempo el proyecto terminó y cada joven fotógrafo tomó su rumbo, y fue así como llegó a crear *Imagens Humanas*, proyecto que sigue vivo hasta el día de hoy y con el cual se dedica a viajar y a recorrer su país para retratar la realidad de los brasileños abandonados que mueren en la indigencia y la injusticia silenciosa.

Tuve la oportunidad de entrevistar al maestro J.R. Ripper exclusivamente, para este proyecto, allí él compartió conmigo sus experiencias más profundas en su trayecto profesional, sus sueños y el por qué decidió seguir este difícil camino de la fotografía hasta el último día de su vida. Me enseñó muchas cosas. La primera, la importancia de la paciencia tanto en la fotografía como en el periodismo, pues requiere de tiempo lograr una profundidad e intimidad con las personas para que estas nos dejen entrar en sus vidas, sus historias y sus espacios, y así poder capturar la mejor foto y escribir la mejor historia. Cuenta que *“es necesario tener mucha paciencia, se puede y se debe esperar para ver las relaciones humanas y las expresiones de afecto. Para lograr estas fotografías he escuchado más y fotografiado menos”*.

Como maestro, cuenta que siempre les dice a sus alumnos y aprendices que nunca pueden perder la capacidad por indignarse, pero mucho menos la capacidad de maravillarse. En una

conferencia que dio en el 2014 para la Universidad Federal Fluminense en Rio de Janeiro, João Roberto Ripper afirmó lo siguiente:

“La fotografía es aquello que me da tanta alegría, que me hace tan feliz, sin embargo la fotografía no puede servir para herir a nadie. Si un trabajo no sirve para levantar a las personas o para ayudarlas, ese trabajo (fotografía) no sirve”,

Es exactamente eso lo que J.R. descubrió a lo largo de su carrera. Desde 1990 no ha parado de fotografiar la grandeza que se esconde detrás de las miradas de niños, jóvenes, adultos y abuelos en todos los rincones de Brasil, desde el norte del Amazonas hasta el sur. Ni un atardecer de colores, o un lago profundo y cristalino podrá superar la belleza humana, el valor de una mirada llena de amor, dolor o ternura, y esto es lo que se refleja en cada foto de Ripper.

J.R. Ripper es sin duda uno de los inspiradores más grandes de *Los Zapatos de mi Gente*, aún sin saberlo. Mis fotos no se parecen a las suyas, son simples, sin mucho conocimiento en la materia, pero buscan lo mismo que él. Capturar la humanidad y lo que él siempre ha dicho en sus entrevistas y se refleja en sus fotos: *“La belleza necesita gritar”*.

Capítulo 3

Trini baila con el corazón de Tuchín

Cuenta la leyenda que hace muchos siglos atrás, los indígenas Zenú Mexion y Manexka se casaron y tuvieron muchos hijos, entre ellos: Momi, Arache y Tuchín. Ellos decidieron refugiarse y asentarse en un territorio el cual nombraron: Tuchín, en honor al hijo mejor de Mexion y Manexka.

Es domingo 12 de julio de 2015. Llego a Tuchín después de recorrer desde Montería dos horas de una carretera polvorienta y maltrecha. El sol del mediodía hace refugiar a sus habitantes en sus casas o buscar la sombra de los árboles para recibir la escasa brisa que refresca el ambiente de sopor. Llegué directamente a la tienda de “Don Jairo” donde me recibiría el dueño por recomendación directa de un amigo muy cercano. Las instrucciones eran claras, conocer *Tuchín*, entrevistar a los artesanos cara a cara, ponerme los sombreros más significativos del país, apreciarlos, escuchar y aprender todo entorno a esta artesanía y dejarme sorprender por los personajes con los que me encontraría en este recóndito pero valioso rincón de nuestro país. Así fue hasta que me encontré con Trini, desde ese momento me quedé con ella hasta que anocheció, supe entonces que su historia no solamente tendría que ser escrita, sino contada y escuchada por todos los colombianos-

“Hay un esplendor escondido en tu corazón que el mundo ha querido ver, y que necesita ser descubierto desesperadamente”

Trini se despertó una mañana de julio, se levantó de su cama y no vio a su madre. Como de costumbre, había salido muy temprano para trabajar. Trini, al igual que su hermana mayor, se levantó y le dio el desayuno a sus cuatro hermanos. Una vez más asumía el rol de madre con la misma sonrisa y cariño de siempre.

Se lavó la cara y fue a la cocina para recoger el desorden. El desayuno no fue abundante: lo necesario, lo justo, 4 huevos y 5 tostadas, los sirvió a la mesa y llamó a sus cuatro hermanos. Poco a poco fueron llegando mientras preguntaban por la mamá, ella con el rostro cabizbajo y la mirada perdida le respondió con un acento costeño y la voz suave: -“como siempre, haciendo manicure, trabajando desde las cinco hasta media noche, para nosotros”.

Trini, de 17 años, vive con su mamá y sus 4 hermanos en Tuchín, municipio del departamento colombiano de Córdoba, ubicado en el norte del país; un lugar con todo el sabor costeño: la alegría, amistad, bochinche, un rimo tranquilo, caluroso y bañado por un conformismo conmovedor.

Este lugar se destaca por sus mujeres hermosas, erguidas, orgullosas, sacrificadas y trabajadoras, con un caminado que ilumina calles poco transitadas. Con excepción a la calle del

mercado, donde el comercio baña cada metro y la gritería de los vendedores ensordece sin que nadie los entienda.

Tuchín tiene una población étnico cultural descendiente de la cultura indígena Zenú, fue fundado el 26 de diciembre de 1826 por el indígena Manuel Talaigua Montalvo y lleva el nombre Tuchín en honor al cacique Tuchizunga, quien fue uno de los grandes defensores de los indígenas que poblaron específicamente esta localidad. Tiene una extensión total de 32 km cuadrados, y una altitud de 5 metros sobre el nivel del mar, su clima es muy caluroso todo el año ya que su temperatura es de 37 grados centígrados aproximadamente. 34.330 son los habitantes del municipio de Tuchín. Allí se encuentran 65 comunidades indígenas, a las cuales se les conoce también como cabildos indígenas, y cada cabildo tiene un capitán.

Las primeras familias que poblaron esta tierra privilegiada fueron los Flores, Mendoza, Chantaca, Suárez, Bravo, Ortiz, Talaigua y González - hoy aún son estas familias y apellidos los que habitan Tuchín. Sin embargo, hoy hay otras familias e individuos que siguen haciendo historia en Tuchín como Trini Marcela Alen Montalvo.

La economía de esta región del país, está basada desde hace muchos años en la producción de artesanías en caña flecha.

Este asombroso lugar es conocido en toda Colombia, allí nace y se hace uno de los íconos y patrimonios nacionales más importante del país: El Sombrero Vueltiao. Un sombrero hermoso de una tira trenzada de colores de un centímetro de ancho que da vueltas y vueltas hasta completar un sombrero tipo europeo de principios del siglo XX. Fresco, liviano, ideal para los calores

tropicales. Fruto de la habilidad manual del beige y el café de las fibras naturales y de la creatividad y las manos de los hijos de esta región y de la originalidad de cada familia.

El sombrero Vueltiao es tan antiguo como la cultura Zenú. Esta tribu se asentó, creció y se desarrolló en Córdoba y Sucre debido a que allí se encuentran el río Sinú y el San Jorge, fuente de vida para estos pueblos.

Como las mismas estrofas de su himno lo describen, Tuchín resalta la virtud, el pudor, pero, sobre todo: el orgullo artesano de la etnia Zenú representado a través del trabajo y su gran tesoro: el sombrero vueltiao.

Resaltemos la virtud

La trenza es el pudor del artesano.

Es orgullo de la etnia Zenú

Emporio de todos los Colombianos.

Es Tuchín una parcela artesanal

Hidalga tierra de paz del finzenú

Un vestigio histórico etnoancestral

Que identifica al indígena Zenú

Del cacique Zunga se ha conservado

La cultura, sus costumbres y tradición

Un legado de nuestros antepasados

Que hoy hacen a grande a mi región.

Trini

Los Zenú crearon este accesorio por una simple necesidad: cubrirse del sol. Lo que nunca llegaron a imaginar es que en sus manos estaba el sombrero más famoso del país y patrimonio cultural.

El mejor ejemplo de esta historia, sería Trini, una niña de 17 años que desde sus 10 años ha defendido la tradición colombiana, y quien luce una hermosa falda típica que se vuelve vaporosa con el viento del Caribe.

La historia de Trini, cuyo nombre es Trini Marcela Alen Montalvo no es fácil de entender, pero vale la pena ser contada.

Nació el 12 de abril de 1999 en San Andrés, Córdoba, después de que su madre Yasmira del Carmen Montalvo Suárez decidiera tenerla. Pues su padre nunca estuvo presente ni en su vida, ni en la de sus hermanos. Trini es una joven de 17 años, mide un metro con sesenta centímetros aproximadamente, tiene un pelo negro como el petróleo, crespo, largo y enredado que se amarra como una cola de caballo, sus ojos son café oscuro, su piel morena y tostada y una sonrisa tímida, pero a la vez muy potente.

Aunque su vida pareciera ser la de una niña normal que va a la escuela y vuelve a casa a hacer tareas, ayudar y acompañar a sus hermanos, Trini es diferente a todas las niñas de su edad, de su escuela y de su vecindario. A ella la distingue su pasión por el baile y su forma de ver la vida como una nueva oportunidad bajo cualquier circunstancia. También sobresale por el amor que tiene hacia los valores patrios. La cumbia, la danza, el sombrero vueltiao, pero, sobre todo, la belleza, la verdadera, la del alma, la que trasciende en el diario vivir.

Trini siempre quiso tener un padre. La música, el sombrero y la comparsa conspiraron y le presentaron a su padre putativo: Guerlys Enrique Padilla Zurita, mejor conocido como Guerlys.

Guerlys Enrique Padilla Zurita, es el profesor de baile de Trini, es la figura más cercana de un padre para ella. Él es el encargado del grupo de baile de Tuchín, de hecho, él es el fundador de la gran comparsa de su municipio.

Su casa, no solo es el lugar donde vive, sino, es un taller de artesanías, donde varios artesanos le dan vida a la hoja de palma y la convierten en sombreros, carteras, billeteras, zapatos y manteles para la mesa.

Un día salió del fondo de su casa para recibir a unos visitantes que buscaban conocer y entender cómo se hace el sombrero vueltiao y las artesanías que se derivan de la palma.

Guerlys, de aspecto humilde y una piel oscura tostada, llevaba una camisa blanca de manga corta con botones pequeños, un hombre con gracia y alegría que caracteriza a los costeños colombianos, un tono de voz suave, pero seguro y una mirada tranquila que a veces pareciera perderse en la inmensidad de los valles del Sinú. Una cabeza que, sin duda, tiene muchas ideas volando que milagrosamente logra atrapar, pero, sobre todo, aterrizar. Él es Guerlys.

Su personalidad además de pacífica, irónicamente es emprendedor, sabe ejecutar, o, mejor dicho, dice y hace. Su madre le gritó, - “Guerlys venga y le cuenta a los visitantes lo que usted hace con las niñas de la comunidad desde hace más de 20 años” -. Apenado, dijo que tenía afán y no contaba con mucho tiempo, sin embargo, fue tal la insistencia de los visitantes que terminó por contar su historia.

No le gusta figurar, prefirió decir que eran las niñas quienes ponían todo el empeño para sacar el proyecto de la comparsa adelante. Desde los 18 años, Guerlys no tiene otro propósito que rescatar los valores patrios.

No podía creer que, viviendo en el noroccidente colombiano, donde nace y se hace el sombrero vueltiao, la cultura se fuera desvaneciendo poco a poco. En un descuido de todos, la tradición se iba cambiando por violencia, prostitución y vicios.

Decidió montar una comparsa. Invitó a varias “peladas” - como llaman en la costa a las niñas jóvenes- a hacer parte de este baile, con los vestidos típicos de la región; unas faldas grandes, amplias y coloridas que al ser levantadas al son de la música toman la forma de un sombrero vueltiao que logra hipnotizar al público y a cualquiera que lo esté viendo. Cada movimiento de cadera, cada paso al ritmo de la música logra transmitir ideas y sentimientos que se convierten en terapia de vida.

Jovencitas que encontraron en la comparsa un escape de la realidad, un lugar para ser felices, para expresarse y para bailar con los pies y el corazón.

Después de varios años, comparsas, shows, faldas, sombreros y canciones el destino los unió.

En esos momentos Trini atravesaba por momentos difíciles en su familia, la infidelidad y la separación de sus padres. Ella pedía a gritos una figura paterna, un amigo, un confidente, y jamás pensó que llegaría a encontrarlo en su instructor de baile.

“Sin duda el baile me rescató”, confiesa Trini mientras camina por la cuadra. “Entré al grupo de danza a los 10 años de edad, era la mejor y más sana distracción que encontré y que la vida me regaló, me encantaba porque me hacía olvidar los problemas, cuando bailaba y escuchaba cada nota musical me olvidaba de lo que pasaba a mi alrededor y solamente me concentraba en

eso, encontré allí un apoyo tanto en mis compañeras como en mi instructor, y más allá de aprender a bailar empezaron a ser parte importante de mi vida.

Hace mucho Trini no hablaba, estaba cansada de usar la máscara de la súper heroína. “Ser la hermana mayor no es fácil y nunca lo ha sido, lo quieras o no siempre habrá una responsabilidad, un peso en los hombros, un rol de mamá”. Lo decía con seguridad.

Habían pasado varios años desde que su papá se fue, y desde entonces su vida cambió. Su único escape se llamaba la comparsa y su refugio era Dios y el estudio. Encontró en ambos lo que no halló en nadie más. En Dios un amor incondicional, abrazador y fuerte: un norte, una esperanza, su compañero, un rayo de luz. Para ella, él siempre está ahí, la acompaña y de una u otra forma los problemas se van solucionando: siempre hay luz, repite. Y en el estudio, su mayor motivación y a la vez sacrificio para salir adelante, o como ella diría en sus propias palabras: “el medio para poder darle a mi mamá y mis hermanos todo lo que yo no tuve o lo que alguna vez a mí me hizo falta”

Trini sueña con ser instructora de baile o contadora y pasa las noches leyendo y estudiando, le ha dicho no a más de una fiesta para trasnochar persiguiendo sus sueños. Aunque se nota que no es fácil, su fortaleza y voluntad predominan en sus acciones porque sabe lo que quiere y para donde va. Sabe qué tipo de hombre quiere y con quién le gustaría formar una familia. Sabe que no quiere repetir la historia de su mamá y que le parece ridículo el hecho de que sus abuelos no la hubieran dejado estudiar por el simple hecho de ser mujer.

Trini tiene 17 años pero por su madurez, su forma de ver la vida, de relacionarse con los demás y de afrontar cada problema para crecer, parece de 50, es asombrosa.

El sombrero vueltiao es la artesanía por excelencia de la región. Tuchín produce al mes 150 sombreros en total para exportación nacional e internacional. Su precio varía dependiendo de las vueltas que tenga, del tiempo y las personas que lo hacen, pues un sombrero es hecho por integrantes de la misma familia. Los sombreros se dividen por vueltas, entre más vueltas mejor su calidad. Existe: el sombrero de 15, de 19, de 21, de 27 y de 31 vueltas. El de 15 vueltas en Tuchín cuesta alrededor de veinte mil pesos, lo que en Barranquilla, Cartagena o Bogotá, puede costar treinta y cinco o cuarenta mil pesos. El de 19 cuentas 120 mil pesos, el de 21, 160 mil, el de 27, 400 mil y el de 31, un millón. Por obvias razones el precio en diferentes ciudades y países aumenta, puede duplicarse, o hasta triplicarse. Sin embargo la tradición dice que hacer un sombrero vueltiao es la muestra de la máxima sabiduría y conocimiento que un indígena Zenú puede tener, es por eso, que solamente los abuelos pueden trenzar los sombreros más finos, costoso y por supuesto valiosos.

Un día Guerlys le dijo a Trini: “el sombrero vueltiao, bello por naturaleza, tiene sentido cuando lo porta una bella mujer como tú”. Desde ese día, Trini entendió que era hermosa, pero sobre todo, tenía una gran responsabilidad con el sombrero.

A Trini el sombrero le ha enseñado muchas cosas, es un objeto que representa superación. Trini quiere que su vida tenga la misma trayectoria del sombrero: orden, respeto, y reconocimiento.

Tuchín es un pueblo orgulloso de su hijo: el sombrero. Ese mismo orgullo es el que Trini quiere llevar cada vez que se lo pone.

En cada encuentro con la comparsa y con su instructor, Trini fue entendiendo que había más alegría en el sacrificio por los demás que en su propia satisfacción. Porque aprendió que al perdonar a su papá se encontró con una paz que siempre había estado allí, en una especie de aletargamiento. Y sin darse cuenta, atrapó lo esencial: la belleza; la belleza que está en una canción de cumbia, con ritmo, son y compás. Entendió que en la vida como en la música y el trabajo, las circunstancias, los momentos, los problemas y las alegrías llevan un rumbo y tienen un sentido. Como ella misma dijo: “la música y el servir a los demás me dirigen, me dicen lo que debo hacer y cómo hacerlo”, o como diría la inmortal Celia Cruz: la vida es un carnaval.

La belleza de la falda típica colombiana o mejor conocida como la pollera le enseñó coordinación. Saber ir al compás de sus compañeras, es saber trabajar en equipo, debe haber empatía, armonía y comunicación de manera que las polleras puedan brillar y dejar brillar al conjunto sin individualismos ni estridencias particulares. La falda es el perfecto ejemplo de saber trabajar en equipo para que todos y cada uno tenga protagonismo como grupo y que el todo sea lo que se luce.

Y mientras camina por una estrecha calle de Tuchín que desemboca en el único parque del pueblo, mira al cielo y escurriendo un par de lágrimas cuenta lo que piensa:

“... pero a final de cuentas, de qué me sirve tener plata, ser bonita, o la mejor bailarina si soy una antipática, grosera y creída. Puedo ser pobre o fea, pero la humildad hace que las personas me vean como una persona linda, tal vez no en lo físico, sino en mis sentimientos y eso es lo que me ha enseñado mi mamá, eso es lo que prevalece”.

Este es el mejor ejemplo de la sabiduría, simple y sencilla, de una mujer que solo es conocida en las calles de su pueblo, en el centro de la nada.

Sanguaré. Por la oscuridad brillamos

Lo sabían desde el principio. Sabían que irían a Sanguaré. Desde que se sentaron a planear el proyecto que harían: *Los Zapatos de mi Gente*.

Tanto Juan Pablo como Mariandrea siempre han tenido una enorme sed por ayudar, por prender fuego, ser luz, dejar huella, por brillar en la oscuridad, como los plánctones de la laguna.

Juan Pablo le contó a Mariandrea que una vez fue a una excursión en medio de un golfo caribeño al norte de Colombia, una reserva natural llamada Sanguaré. Allí, por las noches cuando la luna se esconde, se encuentra, entre manglares, una laguna de plánctones que brilla. Le dijo que

era una locura, que el escenario era lo más parecido a Avatar y a los cuentos de fantasía y ficción, sin duda un destino imperdible que debe ser explorado. Desde ese preciso instante Mariandrea no paró de pensar, en ir a Sanguaré.

Se trata de un tesoro muy bien guardado en las costas colombianas, tan bien guardado que incluso muchos colombianos desconocen su existencia. Un lugar mitológico situado en el Caribe, sobre el extremo norte del Golfo de Morrosquillo, en el municipio de San Onofre, Sucre, el cual todo soñador debería conocer antes de morir.

Sanguaré es una reserva natural, adoptada por un mecenas llamado Álvaro Hernán Roldán. Para poder llegar a Sanguaré es preciso ir a un pueblito escondido llamado San Onofre y de allí transportarse en moto o, en el escenario más aventurero, a pie. San Onofre se encuentra a 914 kilómetros de la capital colombiana, Bogotá, exactamente a 16 horas y 51 minutos en carro y sin tráfico.

Cerca del Golfo está un famoso destino turístico llamado El Archipiélago de San Bernardo, allí hay una pequeña isla llamada Santa Cruz del Islote, mejor conocido como El Islote, famosa en el mundo entero, por ser la isla con más habitantes sobre la tierra, la isla con más densidad poblacional. Con tan solo 10.000 metros cuadrados de extensión alberga a 493 habitantes, es decir: 1.25 habitantes por cada 10 metros cuadrados. Este, no es el caso de Sanguaré que tiene 498 hectáreas de área y tan solo 5 habitantes: La administradora, Vivian Caly Uparela; su hermana

Margarita Caly; Rafael Peroza, el encargado de múltiples tareas en el hotel y la reserva; Adriana Cárdena, quien se encarga de mostrar la amplia y deliciosa gastronomía de la costa colombiana y Ángela Julio, quien mantiene impecable cada rincón de este paraíso natural.

El fundador se llama Álvaro Hernán Roldán Maya, un paisa nacido en un pueblito llamado Carolina del Príncipe, Antioquia. A los 11 años su familia se fue a vivir a Medellín, donde terminó su carrera de ingeniero civil en la Universidad Nacional y paralelamente se graduó como instructor de buceo en una agencia internacional llamada YMCA.

Fue hace 21 años, y a través de la actividad del buceo, que logró poner en marcha su apasionante proyecto humano, ecológico y turístico. En 1989 Álvaro, siendo apenas un joven universitario, viajó por primera vez al Golfo de Morrosquillo. Fue amor a primera vista, se enamoró de la belleza, de su paz, de la exuberancia de su fauna y la novedad de la flora. Entonces decidió dar cursos de buceo a los que para ese entonces eran dueños del terreno, con el fin de hacer a largo plazo negocios con ellos.

Entre los colombianos, los paisas tienen por tradición, la fama de ser emprendedores, empresarios, creativos, tienen la sagacidad de ver oportunidades donde nadie más las ve. En pocas palabras, son visionarios y soñadores. Así es Álvaro. Desde que conoció la tierra que es hoy la reserva, les propuso a los dueños del terreno en 1994 que él podía ir a trabajar los días festivos a aquel lugar en torno a la actividad de buceo y fue así como se hicieron las primeras excursiones

de buceo con jóvenes de la región de Antioquia, amantes de la naturaleza, el mar, la flora, la fauna y el deporte.

Tras 5 años, Álvaro y su equipo de trabajo, se enfocó en conocer los ecosistemas locales, en descubrir su gran riqueza y reconocer sus amenazas y a través de convenios con estudiantes de diversas universidades del país, que llegaban en calidad de tesis, pudo elaborar el orden lógico de un proyecto basado en la sostenibilidad, con la premisa de “conocer, restaurar y conservar”. De esta manera, nace la Reserva Natural Sanguaré, haciéndola realidad en el 2002, cuando es aceptada bajo las resoluciones legales de las autoridades del medio ambiente. Desde entonces, su esposa Diana y él le dieron su vida a este paraíso, trabajando sin descanso para llegar a convertir un sueño de juventud en una empresa que responde a los parámetros internacionales del desarrollo sostenible y promueve un turismo verdaderamente ecológico en Colombia.

Según el Ministerio del Medio Ambiente en Colombia, un negocio verde es un negocio que: “contempla las actividades económicas en las que se ofertan bienes o servicios, que generan impactos ambientales positivos y además incorporan buenas prácticas ambientales, sociales y económicas con enfoque de ciclo de vida, contribuyendo a la conservación del ambiente como capital natural que soporta el desarrollo del territorio”

De la misma forma, es relevante ya que, según el Ministerio del Medio Ambiente, estos negocios promueven patrones de producción y consumo sostenibles de bienes y servicios, propician la creación de una cultura alineada con principios ambientales, sociales y éticos, facilitan la toma de decisiones a los consumidores (públicos o privados) al momento de elegir un bien y

servicio, y visibiliza una oferta de bienes y servicios de cara al mercado nacional e internacional.

Hoy en día Sanguaré es un pedazo de cielo en la tierra, su riqueza en flora, fauna, especies marinas y ecosistemas es digna de admiración y reconocimiento sin igual en nuestro país. Este milagro es el fruto de soñar y soñar en grande, resultado de una labor de 21 años, de un trabajo tanto de su fundador como de todas las manos que le ayudaron a construir ese mágico lugar. Hoy, jóvenes, familias y excursiones de colombianos y extranjeros, viajan largas horas para disfrutar de los amaneceres, atardeceres, las noches estrelladas, la laguna de plancton que brilla en la oscuridad, las estrellas de mar, las aves que vuelan por todas partes, y cantan desde que brillan los primeros rayos del sol. El buceo, la gastronomía más exquisita, la comodidad y la belleza de la naturaleza en todo su esplendor son disfrutados en todo momento.

Si hay algo que Álvaro Roldán valora, es la gente, y por lo tanto su equipo de trabajo. “La riqueza más grande que tenemos, por la que hemos luchado y más tiempo, esfuerzo y amor hemos puesto, es en la formación y el bienestar de nuestro equipo y nuestros trabajadores” afirma el fundador de Sanguaré.

Allí se vive un ambiente alegre, transparente y fresco, siempre está lleno de amor y compromiso con la naturaleza. “La gente que trabaja con nosotros, son personas con la filosofía y la estructura de vida por la que siempre hemos guerreado. En ellas, se ve y se siente su amor por lo que hacen y por la naturaleza”, cuenta Álvaro orgulloso de su personal.

Llegaron una tarde del mes de julio. El clima era perfecto y la reserva natural estaba a su exclusiva disposición. Eran los únicos huéspedes por los próximos tres días, sin duda todo conspiraba a su favor.

Con una amplia sonrisa que dejaba ver unos dientes blancos que contrastaban con su impactante color de piel morena, Vivian Caly, instructora de buceo del lugar, les dio una cordial bienvenida con un refrescante jugo de mango, apenas para el calor tropical que hacía.

En medio del “lobby” de aquel encantador lugar se encontraba un tronco gigante de mango cuyas ramas daban sombra. Bajo estas había unas sillas y mesas para tomar tinto o simplemente descansar. También había hamacas para instalar, en caso que los huéspedes quisieran descansar en aquel ambiente.

Se sentaron a hablar con Vivian sobre Sanguaré, el tiempo que llevaba trabajando allí y el estilo de vida en aquel tranquilo lugar. Ella es parte del mar, sale a bucear, remar, caminar, y a empaparse de la naturaleza todos los días de su vida. Cuando Vivian habla, se escucha claramente el amor y la entrega que siente por la pureza de la naturaleza, desde el primer día que llegó a trabajar y allí se quedó.

Esa misma tarde Vivian le dio un recorrido a Mariandrea y a Juan Pablo. Les mostró una casita de madera escondida en la cima de un árbol, con vista al interminable horizonte del mar Caribe, les mostró también la amplia diversidad de pájaros que alberga la reserva. Según el último

monitoreo de la reserva, se registran 223 especies de aves que vuelan por el cielo del Golfo de Morrosquillo y su casa es Sanguaré. Vivian le presentó a todo el equipo que hace de este lugar, no solamente un paraíso tropical, sino un espacio acogedor. Rafael Peroza, Adriana Cárdenas y Ángela Julio, cada uno con su historia, su familia, sus sueños y sus pesares. Para todos, trabajar en Sanguaré es una fortuna, pero a la vez un sacrificio, pues al trabajar allí, dejan de estar con sus familias, sus hijos y sus seres queridos. Ellos cuatro se han convertido en familia, todas las noches se sientan a compartir la cena y las experiencias del día, historias del pasado, los problemas del día a día y los planes para el futuro. A veces lloran, la mayoría de veces ríen y siempre se acompañan en las buenas y en las malas.

Algo que habían percibido tanto Juan Pablo como Mariandrea durante su travesía por Colombia, fue un paralelo grande y de contrastes. Mientras unos colombianos aman su trabajo, otros están aburridos. Muchos de los *zapatos de mi gente*, estaban desgastados y los pies cansados, pero otros se paraban de la cama todos los días con entusiasmo y alegría, a usar y desgastar la suela sin ni siquiera darse cuenta, porque simplemente aman lo que hacen y lo hacen bien y esto les permite crecer y trascender.

Ella es Vivian Caly Uparela, la mano derecha de Álvaro Hernán. Su pasión por el trabajo se refleja en sus ojos, en su cara, en su sonrisa y en su forma de afrontar la vida. Tiene una actitud fresca y relajada, es una costeña simpática, “pila”, afectiva y efectiva. Tiene un carisma abrazador, una alegría energizante y una disposición para hacer sentir a los viajeros como en casa.

Su trabajo no solamente consiste en ser la instructora de buceo de la reserva, ella es quien tiene contacto directo con los huéspedes, ella los invita e instala, y finalmente es ella quien los acompaña a las diferentes actividades que ofrece Sanguaré, tales como *buceo, kayak, snorkel, caminatas en el bosque* y la preferida de la mayoría por excelencia: la laguna de plancton brillante.

Vivian nació en Caimito, el 15 de noviembre de 1983, en el departamento de Sucre. Tuvo una infancia y una juventud de campo. Mientras estuvo en el colegio, vivió la cotidianidad que se vive en los pueblos tropicales, estudiaba, salía a bailar con sus amigos, acudía a centros comerciales, en fin, todo aquello que la mayoría de las jóvenes de su edad hacen en un pueblo próspero.

Cuando terminó el bachillerato en la ciudad de Santiago de Tolú, se fue a vivir a Sanguaré, donde conoció a Álvaro, quien más adelante la contrató para sacar adelante la reserva natural como un lugar ecológico y turístico, defendiendo y conservando la naturaleza de este rico territorio.

“Terminé mis estudios en Santiago de Tolú y después me vine a vivir a Sanguaré. La llegada acá fue un proceso lento de adaptación, no lo puedo negar. Aprendí a disfrutar y valorar otras cosas, un lindo atardecer, estar en contacto con el medio ambiente y lo natural. Entendí que es en el tiempo y con el tiempo donde uno aprende. Conocí también el significado de la sostenibilidad, de vivir con lo esencial. No es necesario tener tantas cosas, tantos *zapatos*, o tanta ropa. Al vivir con lo básico, la vida se vuelve sencilla y rica y te deleitas con lo que realmente vale la pena”, contaba Vivian mientras se tomaba un tinto bajo la sombra de un frondoso árbol.

Vivian, de 33 años, no tiene hijos, tampoco está casada, pero vive en el paraíso, y da gracias a la vida por el trabajo que tiene y el estilo de vida que lleva. “Sanguaré ha sido una escuela de vida no solo para mí, sino para todos los que trabajamos aquí. He aprendido mucho sobre la naturaleza y el respeto hacia las otras formas de vida, Sanguaré es mi casa, mi hogar, y el trabajo no es ninguna carga ni obligación, es mi pasión, es mi realización”.

A diferencia de muchos otros colombianos, Vivian agradece y ve su trabajo como un medio para trascender, para hacer feliz a los demás y para cuidar una de las cosas más valiosas que tiene Colombia: su naturaleza y biodiversidad. “En mi trabajo no hay monotonía, es cambiante y apasionante, hay buceo, kayak, bosque, contacto con personas, colombianos y extranjeros. Mi trabajo es una forma de vida distinta y enriquecedora”. Sin embargo, cuando le preguntan sobre su parte favorita de todo lo que hace, responde sin duda alguna: la laguna del plancton.

Llegado el ocaso, salieron de la reserva Vivian, Juan Pablo y Mariandrea. Remaron en un kayak, fuertemente, durante media hora o algo más, hasta que llegaron a una isla pequeña en la que había tan solo una choza, muy humilde, con tres gallinas y una bella pareja joven, fuertes, alegres, con dos niños pequeños. En esta isla, solo habitaban ellos cuatro. El joven era un pescador de la región, y la señorita era ama de casa y madre.

Mientras tanto Mariandrea cumplía su sueño de ver, tocar y sentir las estrellas de mar que se encontraban camufladas en la arena del mar que rodeaba la isla; amarillas con puntos, naranjas claritas, duras como piedra en su exterior, pero suaves en su interior, con pequeñas chupas que les permiten adherirse a la arena y esconderse de las olas. Juan Pablo lo sabía todo, él era el amante de la naturaleza por excelencia. Sabía todo sobre la naturaleza, los animales, las especies, los comportamientos y las razones de ser, si no sabía, lo memorizaba y después lo averiguaba como le fuera posible. Pasaba las tardes reflexionando en las analogías, pero sobre todo, las enseñanzas que le dejaba la naturaleza en todo su esplendor, desde la oruga más pequeña, hasta el amanecer, la noche, el sol, la luna y las estrellas. Ese era Juan Pablo. Por otro lado, Mariandrea solo disfrutaba y no pensaba mucho, era para ella como estar en un cuento de hadas. Tomó fotos debajo del agua, jugó con las estrellas de mar y cuando se acercaba el ocaso, los dos salieron a ver el atardecer.

Al anochecer subieron al kayak y retomaron su viaje al que sería su último destino de aquella noche, antes de volver a la reserva: la anhelada laguna de plancton.

Adentrarse en la laguna de plancton brillante es una experiencia que eriza a cualquiera, este lugar evoca un despertar a la belleza que esconde Colombia en cada rincón virgen. Esta actividad es emocionante porque es una experiencia que permite ver la naturaleza en toda su verdad. Esta laguna comprueba que la grandeza no solamente está en las cosas grandes sino en lo pequeño que brilla.

Lo que ocurre en este lugar milagroso de la naturaleza es un fenómeno que se da en pocos rincones de Colombia y del mundo. Sucede cuando hay muy poca luz en el entorno, y cuando el

plancton tiene contacto con algún objeto, allí, cierto tipo de energía se enciende y aparecen pequeñas estrellas bajo el mar. Las manos, el cuerpo, los remos, el chaleco y el kayak brillan como si se tratara de un montón de estrellas caídas al agua. Parece otro universo. Es un fenómeno natural que pone los pelos de punta logra encender el alma y por supuesto la imaginación. Su belleza asusta, es inédito y poco conocido.

Estos plancton son los seres más diminutos de la cadena alimenticia en el mar. El solo hecho que las ballenas se alimentan de ellos es muy revelador. Uno de los animales más grandes del mar necesita del más pequeño de todos para sobrevivir. Y este pequeño no solamente es rico en nutrientes, sino que brilla y esa característica enamora a los seres humanos, colombianos y turistas que viajan miles de millas para conocer este fenómeno.

Lo que sucede en esta maravilla natural es una reacción química donde el plancton, en medio de una absoluta oscuridad, al entrar en contacto con cualquier objeto, reacciona en forma de luz. Sin embargo, para poder ver brillar al plancton, no debe haber luna llena, entre más oscura esté la noche, más brillarán; segundo, hay que remar y remar hasta llegar al destino, y después esperar y esperar, hasta que llegue la absoluta oscuridad.

Vivian, Juan Pablo y Mariandrea se acostaron sobre los kayaks en medio de un absoluto silencio esperando la tan anhelada absoluta oscuridad.

En un momento, y sin darse cuenta la marea los separó. Vivian les preguntó:

-¿Dónde están?

- Acá. Respondió Mariandrea.

Pero como no se veía nada, Vivian le dijo: mándame luz, para saber dónde estás. Mariandrea sacudió sus brazos bajo el agua formando una estela de luz que se iluminaba en el centro de la laguna.

Desde ese momento, Mariandrea y Juan Pablo saltaban y jugaban como niños chiquitos, cada movimiento equivalía a oleadas de luz. Las manos brillaban, los remos, el kayak y la cara parecía bañada en estrellas al salir del agua.

Por la noche y al volver de la laguna, Juan Pablo y Mariandrea se sentaron a reflexionar sobre lo vivido. Entendieron que tanto el plancton, como la vida, el trabajo de Vivian Caly, Álvaro, o cualquier colombiano que se pone sus zapatos para trabajar todos los días, puede dejar rastros de luz al pasar o indiferencia y oscuridad. Entendieron que donde había más plancton, había más luz, como el viejo refrán, la unión hace la fuerza, hace la luz. Aprendieron que para captar los mejores momentos de la vida, solo se necesita abrir los ojos y estar, y que en el mundo, cuando se logra ver en cada persona lo bueno, sus sueños y su lucha por ser mejores, se puede ver la luz que dejan al pasar, y que hace el milagro de la vida.

Desde el principio del trayecto, cada destino tenía una camiseta con su respectiva frase. Una frase que atrapara, que llamara la atención, y que dejara un mensaje al pasar. Como ellos, que dejaban huella al pasar. La frase de Sanguaré decía: “Por la oscuridad brillamos”. Comprendieron que sin la oscuridad no se puede brillar, es en la oscuridad, que los pequeños detalles se vuelven grandes y esenciales, pues por pequeña que sea la luz el alcance es enorme en medio de un mar de oscuridad.

Amazonas

Se viaja para ver las pirámides de Egipto. Para pasar diez días todo incluido en un resort del Caribe. Para comer, para ver aves, hongos, animales. Para tomar vinos y fotos de la naturaleza. Para bucear, para contemplar la tierra desde la luna. Se viaja para conocer las rutas del jamón, las góndolas venecianas, los mejores museos y las peores catedrales. Se viaja para implementar algunos —o todos— los ritos del turista: diez días siete noches catorce países de Europa; veinte jornadas flotando en un crucero.

Se viaja para decir yo estuve ahí, yo vi, yo sé, yo fui, yo caminé, yo pisé la calle que pisaron todos.

Y también están los viajes de los que no hacen ninguna de todas esas cosas —los viajes de los viajeros—; y los viajes inútiles: los viajes de los que viajan para contar.

Resulta que en medio del continente suramericano hay una selva llena de vida, que se cree que su inicio fue el Edén. Es conocida por ser el pulmón del mundo, es la encargada de llenar de oxígeno a los seis mil millones de habitantes del planeta tierra. Esta tierra, rica, poderosa y misteriosa es compartida por ocho afortunados países: Colombia, Brasil, Venezuela, Ecuador, Perú, Guyana, Suriname y Bolivia. Este maravilloso lugar se llama Amazonas.

Entre estos ocho países, hay uno que es más afortunado que los otros: Colombia. Su región amazónica tiene un terreno forestal de 477.274 kilómetros cuadrados. Este departamento, de

nombre oficial: La Gobernación de Amazonas, es una de las regiones más diversas tanto en su flora y su fauna, como en cultura, historia y tradición. Allí habitan pueblos indoamericanos y poblaciones indígenas que hoy sobreviven y se dedican a la caza, la pesca y las artesanías.

Su historia se remonta 12.000 años antes de Cristo, cuando se cree que los primeros pobladores fueron cazadores nómadas que llegaron en busca de comida y recursos naturales.

La Constitución del 91 le subió la categoría al Amazonas, la cual pasó de ser Intendencia a Departamento, como todas las regiones del país. La Gobernación de Amazonas cuenta con un área de 109.665 kilómetros cuadrados ocupando el lugar número uno en extensión de los 32 departamentos colombianos. Se encuentra entre 0 y 80 metros a nivel del mar y su temperatura es constante a lo largo del año con un promedio de 25 grados centígrados. Está a 1.100 kilómetros de la capital colombiana, Bogotá, y su economía se basa en la extracción, comercialización y elaboración de artesanías hechas de madera, cauchos, minerales, pesca y agricultura.

Después de tanta belleza, tanto asombro, era imposible hablar de Colombia sin haber incursionado en el pulmón de la tierra. El destino ahora era el Amazonas. Sorprendido por la naturaleza y sus formas exóticas, y sin saber con qué se encontraría, la vida les fue mostrando a Juan Pablo, la calidad de seres humanos que hay en medio de la selva más grande y majestuosa del planeta tierra.

En la casi infinita inmensidad del Amazonas, pareciera que los seres humanos son un nada perdido entre sus cinco millones de kilómetros cuadrados de selva, su abundante río, sus atardeceres majestuosos y sus noches estrelladas de absoluta oscuridad.

Tal vez, al estar inmerso entre los sonidos de la tierra, los verdes intensos, el barro puro, el agua del río y lagunas, delfines rosados, insectos y bichos que se pierden en el misterioso canto de su diversidad, se le olvidó que la criatura más increíble del Amazonas, era aquella que se encontraba perdida en la ciudad e inmersa en la cotidianidad: el ser humano.

Su nombre es Juan Pablo de Angulo. Fue mi compañero de viaje durante un mes por las ciudades, pueblos, municipios, fincas, playas y desiertos de Colombia. Fue mi cómplice en cada entrevista y aventura, y sin darme cuenta al final del viaje vi que a la persona que más conocí y de la cual podría escribir de la manera más exacta, sería de él.

Nació en Bogotá Colombia el 9 de marzo de 1992. El primer hijo de una familia de tres hermanos, su madre Adriana Botero y su padre Francisco de Angulo. Vivió su infancia en una finca en la Calera, a las afueras de Bogotá y fue allí donde desarrolló todos sus sentidos al vivir y crecer en constante contacto con la naturaleza. La tierra, los bichos, los insectos y el aire libre fueron sus maestros durante sus primeros años de vida. Desde entonces la biología en todos los campos hizo parte de su vida hasta el día de hoy. Conoce la mayoría de los nombres de las plantas,

flores, insectos y animales, y si no se sabe alguno rápidamente lo investiga hasta hacerlo parta de su inventario mental. En estos tiempos a las personas como él se les conoce como: “*nature freaks*”.

Lo conocí una Semana Santa durante unas Misiones Católicas y humanitarias en el 2013 en Sogamoso, Boyacá. Desde entonces me lo seguí encontrando en proyectos sociales, como campamentos de verano para niños de escasos recursos, en la Jornada Mundial de la Juventud en Rio de Janeiro para ver al Papa Francisco con jóvenes de todas partes del mundo, hemos dado charlas para jóvenes sobre valores humanos, servicio y liderazgo y finalmente: Los Zapatos de mi Gente un viaje por Colombia en busca de historias humanas.

Aunque para escribir de cualquier persona las palabras siempre quedarán cortas este es el Juan Pablo de Angulo que conocí en un viaje por Colombia.

Era un lunes 20 de julio del 2015 cuando aterrizamos en el aeropuerto de Leticia, Amazonas. Juan Pablo llegaba al lugar que le representaba vida. Siempre habló de este lugar, a lo largo del viaje, contaba los días para llegar al Amazonas como un niño chiquito que cuenta los días que faltan para su cumpleaños o para la llegada del niño Dios. El, ya había visitado el Amazonas por razones de trabajo, y según cuenta había sido increíble, pero esta vez, era diferente, solo tenía que estar y disfrutar.

Se subió a una lancha, la que sería su lancha por los próximos seis días. Saludó al lanchero, como quien saluda a un amigo de varios años. Un fuerte apretón de manos, y un abrazo, el típico saludo colombiano: - *“quiubo hermano, todo bien”*-. Desde ese saludo hasta la despedida Juan Pablo no paró de hablar, preguntar, conversar e interesarse por la vida de Nelson Soria, quien sería su guía y más adelante su amigo. Un hombre que a simple vista yo habría asegurado que era parco, callado y bastante serio. Meses después del viaje me enteré que Juan Pablo y Nelson tenían largas conversaciones telefónicas, sabía de la vida de sus hijos, su trabajo y hasta sus problemas.

Juan Pablo siempre lo supo, sería un viaje y un destino que lo acompañaría por el resto de su vida. Sus sentidos se agudizaron desde que aterrizó en la selva, lograba escuchar lo que nadie escuchaba y ver lo que nadie veía. Es un observador por excelencia. Durante el viaje en lancha desde la capital del departamento hasta el primer hospedaje en Puerto Príncipe fue sentado, escuchando y observando y cuando todo estaba callado de repente se escuchaba su voz diciendo: “escuchas, esos loros que cantan a lo lejos, han de estar a unos 5 kilómetros de nosotros”. Yo sin escuchar nada hacía mi mayor esfuerzo y después de un largo rato lograba escuchar algún ruido extraño.

Recuerdo el día en que lo conocí. Se presentó ante el gran grupo de misioneros como uno de los líderes en logística y organización. Dijo, -hola, mi nombre es Juan Pablo pero me dicen Tablo. Lo que necesiten estoy a la orden y espero que todos tengamos una semana increíble-.

Todo el mundo lo conoce por Tablo, pocas personas le dicen Juan, Juanpa o Juan Pablo, a excepción de las dos personas que el más ama en el mundo. Su mamá que le dice Juanpa y su tutor, psiquiatra, mentor y padre por elección: Juan Carlos Güáqueta, quien le dice Juan Pablo de Angulo, sin apodo ni abreviación.

Juan Pablo tiene un aspecto físico muy atractivo, una personalidad arrasadora y una inteligencia que rosa con la genialidad. Una combinación peligrosa. Las niñas se mueren por él, los niños quieren ser como él, es el alumno preferido de los profesores y son pocas las personas que lo conocen y no lo quieren. Tiene casi todas las cartas a su favor.

Tiene cejas negras color petróleo y muy pobladas, llegando casi a la uniceja, unas pestañas largas y encrespadas como muchas mujeres desearían tenerlas. Es alto, mide alrededor de un metro con setenta y cinco centímetros, pelo negro largo y un copete cortado de medio lado que tapa su frente y parte de su ojo izquierdo. Este copete lo ha caracterizado desde su pubertad hasta el sol de hoy, es como su identidad, no se lo ha cortado y no se lo cortará, la única persona que puede tocar su pelo se llama Alvarito, su peluquero de toda la vida.

La vida me ha enseñado que es preciso conocer más allá de lo que los ojos pueden ver para poder entender, aprender, pero sobre todo escribir.

Esa noche en Puerto Príncipe presencié una escena poco favorable. Poco se de psicología y mucho menos del inconsciente, del psicoanálisis y de su creador Freud. Sin embargo siempre he sabido que el inconsciente es capaz de guardar información, eventos, emociones, sentimientos y recuerdos tanto buenos como malos y dolorosos, pero llega un punto donde el inconsciente necesita

gritar y puede explotar como una hoya de presión. Esa noche en Amazonas Juan Pablo explotó como una hoya de presión.

Las noches en el Amazonas son oscuras, las estrellas son bástate visibles dependiendo del lugar de la selva donde uno esté, el silencio no existe porque constantemente se escucha el sonido de los insectos en especial las “chicharras” las lagartijas, los sapos y las luciérnagas. La brisa es suave, no siempre llueve, pero cuando llueve es como si el cielo se viniera abajo o como si el apocalipsis anunciara su llegada en truenos, relámpagos y agua desbordante. Esa noche, fue una noche tranquila. Tablo salió al balcón de la habitación del hotel en el que nos hospedábamos y con un cigarrillo en la mano empezó a recordar a su abuelo, la figura paterna más cercana que ha tenido y quien a corta edad murió de cáncer en el pulmón, dejándolo huérfano de padre y de abuelo. Empezó a hablar, hablar y hablar sin parar. Hasta donde yo recordaba, la mayor parte de nuestra amistad era yo hablando y el escuchando, o el contando chistes y yo riendo, el contaba lo básico, lo necesario, nada más, los problemas nunca los contó, tal vez no los mencionaba, como buen hombre: nada nunca está mal y todo siempre está bien. Empezó a llorar como un niño chiquito, se salió de control, y lo que empezó con la historia del abuelo, se convirtió en el divorcio de sus papás, el tumor que una vez tuvo su hermano menor en el cerebro y del cual salió victorioso, las constantes peleas con su padre, el miedo a no poder terminar sus estudios por falta de dinero, y las largas noches de trabajo y estudio para poder vivir y salir adelante. El chico guapo, fuerte, seguro y brillante estaba en su momento más vulnerable, más humano y más doloroso en los últimos años. Lo que era un momento emotivo pasó a ser un pequeño ataque de epilepsia según lo que he podido entender e investigar. De repente le empezaron a sudar las manos, comenzó a decir palabras, frases y sonidos extraños sin sentido, empezó a moverse bruscamente, sus ojos se fueron por unos

instantes y después de unos segundos (que parecieron minutos) volvió a entrar en razón. Como observadora de aquella extraña y aterradora escena no pude hacer mucho, solo observar con asombro y esperar a que el lapso pasara, después con mucha preocupación investigué, llamé y pregunté a expertos que significaba eso, me respondieron fríamente: “no puedo saber de qué se trata si no conozco su historial médico”.

A la mañana siguiente nos subimos a la lancha, nos dirigíamos a conocer las lagunas que se escondían entre manglares en medio del Río Amazonas. Fue un largo día en lancha pasando de pequeños puertos a comunidades indígenas y terminando en una pequeña isla de arena.

Juan Pablo le pidió a Nelson que se ahorillara, que quería conocer lo que allí había. Haciéndole caso, Nelson se ahorilló mientras Juan Pablo y yo nos bajábamos de la lancha, cada uno tomo un rumbo diferente. Era un paisaje poco común que constaba de arena en la mitad del río donde niños jugaban fútbol y el viento era tan fuerte que era difícil poder ver el balón. En esos momentos Juan Pablo se acercó a un lanchero al ver que intentaba hacer un cigarrillo con una hoja de papel de cuaderno, con ecuaciones matemáticas en ella. Quedó tan impactado que le preguntó que hacía y su respuesta fue: intentado hacer un cigarrillo con esta hoja de papel. Sin pensarlo dos veces Juan Pablo sacó de su bolsillo un cigarrillo Marlboro rojo y se lo ofreció. El lanchero abrió los ojos como cuando un niño pequeño recibe su nueva bicicleta y con naturalidad prendieron sus cigarrillos y empezaron a conversar como dos viejos amigos. De repente y en cuestión de segundos empezó a llover como si el cielo se cayera por pedazos. Los cigarrillos se apagaron y Nelson gritó

desde lejos: “vámonos que se viene la tormenta, necesitamos decidir ya a donde ir”. Fue en cuestión de cinco minutos que el cielo se cayó. El cielo que estaba azul fue cubierto rápidamente por nubes grises y negras, el río comenzó a subir. Empezaron a caer gotas que parecían granizo, y el lanchero no podía ver a más de dos metros de distancia. Todo el trayecto, Nelson estaba callado y concentrado, no parpadeaba, solo manejaba rápidamente. Mientras tanto, yo sufría, gritaba y hasta llegué a ponerme de mal genio. Juan Pablo, por su parte, disfrutaba la lluvia y la tormenta como si alguien tuviera el control de todo y él pudiera estar en absoluta calma. La agilidad de Nelson era poderosa al esquivar las olas, troncos y corrientes de viento que estaban en nuestra contra. Finalmente llegamos sanos y salvos a donde pasaríamos las próximas cuatro noches: “La Reserva Natural: Victoria Regia”.

En la noche de ese mismo día, colgado en una hamaca, con un Marlboro rojo en la mano y con una tranquilidad y frescura que lo caracteriza Juan Pablo dijo:

“¿No has pensado que todo en la naturaleza es como la vida? Hoy pensaba en la tormenta que vivimos regresando de la Isla. Siempre habrá formas diferentes de reaccionar ante ella. ¿Si te diste cuenta como cada uno la vivió de manera diferente? Hay personas que llevan bien la tormenta y hay otros que se dejan atormentar. Unos se conectan con la tormenta, aprenden de ello y la saben disfrutar, otros se desconectan se cierran y se dejan ahogar fácilmente. Yo pude disfrutar la tormenta porque tenía la plena seguridad en Nelson, quien conoce el río y ha hecho esto durante años enteros. Me mojé, salté, sentí adrenalina, me la gocé porque sabía que llegaríamos bien al destino, pero tú, te cerraste, te asustaste, y no pudiste mojarte, reírte y disfrutar lo que estaba pasando, porque simplemente, el miedo no te dejó ver. Pero también hay gente como Nelson, que

son quienes manejan en la tormenta, y tienen la capacidad de concentración para saltar los obstáculos, mantener la calma y llegar a un puerto seguro con toda una tripulación que confía en él y que están prácticamente a su responsabilidad. Yo espero poder ser siempre Nelson en las tormentas de la vida. Pero también aprendí que siempre habrá alguien detrás de la diversión. Un lancharo que nos lleva y nos trae, una mujer que cocina delicioso, un constructor, un arquitecto o un guía turístico, y eso también es bueno agradecerlo y valorarlo.”

Al día siguiente Juan Pablo se despertó temprano para pescar, paso horas sentado en el muelle y con los pies dentro del río. Después de un rato se dirigió a donde los dueños del lugar a preguntarles como habían construido lo que hoy es su reserva natural, se sentó a conocer la historia de vida de Luz Estela y de su esposo Edison Galviño. Preguntó con tanto interés como si estuviera entrevistando a dos estrellas de Hollywood y conversó durante largas horas. Al llegar la noche nos encontramos y me contó toda la historia.

La conclusión de lo que había escuchado fue la vida emprendedora de esta pareja que levantó una reserva natural a punta de sudor y trabajo en equipo, Luz Estela como administradora y madre y Édison como arquitecto empírico de una construcción basta y detallada donde más de 100 turistas los visitan al mes. Ella es madre de tres hijos, una de ellas con síndrome de Down y un cuarto hijo adoptado, lo encontraron cortando leña en la selva y Edison desde ese día le abrió las puertas de su hogar.

Juan Pablo sabe que su vida familiar no ha sido fácil, lo esconde, pero en algunos momentos lo saca a la luz. Sus días en Bogotá son intensas jornadas de trabajo, se levanta a las 4 de la mañana y termina después de las diez de la noche. Nunca para, siempre está ocupado y a veces olvida decirle a su mamá, a su papá y a sus hermanos lo importantes que son. Y una vez más, esa noche, como todas las anteriores, Mariandrea y Juan Pablo hicieron su ritual. Se trataba de hablar sobre lo vivido durante el día. A veces prendían un cigarro, y otras veces, solo los parlantes. El objetivo del ritual era revivir, aprender, pero sobre todo recordar y hacer conciencia de las experiencias vividas a lo largo del día, pues era tanta la información, las emociones y las sorpresas que se vivían a diario que era difícil registrarlos, apreciarlos, agradecerlos y volver consciente todo lo vivido cada día.

“Mari: para mí el Amazonas es lugar de vida, es el espacio donde me siento absolutamente libre, aquí me conecto y soy feliz. Cuando uno se conecta con la naturaleza, puede agradecer a las personas que le han llevado a vivir esas experiencias. Hoy, le escribí un mensaje de gratitud a mi mamá y le agradecí por todo lo que ha hecho por mí, y que olvido decirle todos los días. Cuando uno agradece, todo es perfecto.”

Juan Pablo se ha destacado siempre por ser un rebelde. Todo lo cuestiona, todo lo pregunta y le gusta navegar contra corriente. Se le nota una sutil inclinación por el comunismo, ese comunismo

utópico, justo y perfecto a sus ojos. Fue el día en que visitamos a José Villa y a Graciela Villa que ese sentimiento se intensificó en Juan Pablo.

Es irónico cómo en medio de tanta riqueza se puede encontrar tanta pobreza. ¿Qué es la riqueza, qué es la pobreza?

En el Amazonas, difícilmente se pasa hambre. Cualquier semilla que se plante dará fruto porque está bajo las mejores condiciones. Hay agua todo el año, y las lluvias o, mejor dicho, los diluvios, son intensos, arrasadores, miedosos y muy poderosos. Cuando llueve en esta selva es mejor quedarse en casa, o simplemente refugiarse, respirar, escuchar los truenos, rayos y centellas y dejar que la naturaleza haga su trabajo. Es por eso, que siempre habrá comida, ya sea un fruto que comer, o un pescado que asar. Aquí la pobreza no la tiene quien menos dinero posea, si no quien menos apto esté para sobrevivir. La tierra y la naturaleza se encargan de dar y donar en abundancia todo el año y bajo cualquier circunstancia.

Esa es la historia de José Villa y Graciela de Villa. Él de 70 años y ella de 65. Viven en una choza de madera construida por él hace más de 40 años. Ellos no usan el dinero; una costumbre que no se entiende en pleno siglo XXI.

Él es pescador, pasa sus días en una pequeña balsa con un largo palo que en la punta tiene una cuchilla filuda, y una atarraya pesquera. Sus manos, su sagacidad, experiencia, pero sobre todo su paciencia son sus compañeros en las largas horas que pasa bajo el sol. Estos factores lo

convierten en el gran pescador que es. La paciencia es el factor clave, diferenciador y único que convierten a cualquier mortal en pescador exitoso.

El pescado más difícil de atrapar y por el que todos los pescadores luchan día y noche por pescar en el río Amazonas se llama: Pirarucú, su nombre científico es Arapaima Gigas, y se le conoce como el monstruo del Amazonas. Hay gente que pasa su vida entera en busca de uno de ellos y jamás lo encuentra.

José Villa, tenía varios en su nevera, si llegaba algún interesado, lo vendía con total desprendimiento a seis mil pesos colombianos, que le servirían en el hipotético caso de ir a comprar algo que no le era del todo indispensable a Leticia.

Fue ese día, estando en contacto con este par de viejitos que se adoran con el corazón, y que llevan 50 años de casados, que Juan Pablo ratificó sus ideas al darse cuenta que no se necesitaba mucho para ser feliz, de hecho, solamente se necesita tener lo esencial. Un techo donde dormir y donde refugiarte en las tormentas, alimento para llevarse a la boca, agua para la limpieza y sanidad, un par de chiritos que cubran de los rayos del sol y de los fríos vientos, y lo más importante: un amor, el amor de la vida, la persona que acompañará en las buenas y en las malas, en la tormenta, en los días soleados, en la noche estrellada, en la absoluta oscuridad, en el frío o en el calor sofocante, en la humedad de la selva o en las lluvias tropicales donde nada es más fuerte que la naturaleza.

Eso es lo esencial, lo que es invisible para los ojos, el amor, la ternura, la compañía, la amistad; y esta pareja, José Villa y Graciela de Villa, tenían todo lo anterior, nada les sobraba,

nada les faltaba. Se tenían el uno al otro y todas sus necesidades estaban cubiertas. Viven rodeados de naturaleza y vida y todos los días escriben su historia en medio de la cotidianidad de la selva.

Graciela, solo sabe tejer y cocinar. Asa a fuego muy lento los pescados que su marido, José, pesca a lo largo del día. Algunas veces envuelve el manjar en una hoja de plátano y otras lo pone directo al fuego. Espera a que esté listo para comerlo con su marido. No hay comedor. Se sientan en el piso de su choza hecha de madera roída y vieja, y con la mano se comen su pescadito. A veces comen pollo o cerdo, pues también tienen un pequeño ganado a las orillas del río. Nunca han pasado hambre. Nunca les ha faltado nada, lo tienen todo. El dinero nos les hace falta para sobrevivir, pueden pasar días y semanas sin que se preocupen por conseguirlo o intercambiarlo por algún bien.

El colchón lo cuelga en el techo y por las noches lo ponen en el piso, se arropan, con un par de cobijas viejas, sucias y rotas, se abrazan y descansan. Así, han pasado más de una tormenta tropical, y no cualquier tormenta, tormentas fuertes, violentas y arrasadoras.

Mientras Graciela teje, el tiempo pasa, el tiempo no existe. Su compañía es un lorito, su mascota, otro de sus grandes amores. Este loro llamado Tintín, cuida y acompaña a su ama, Graciela, con celos protectores. Es agresivo con las personas que muy de vez en cuando pasan por allí para saludar, visitar o comprarle pescado a su esposo.

Y mientras tanto, ella teje y teje con sus manitas arrugadas, sucias y quemadas por el sol. A veces hace pulseras de hoja de palma, otras veces unos pequeños canastos y otras tantas lo que su imaginación le diga. Su taller es su casa, sucia, sin ventanas de vidrio, solo de madera y al aire libre. La vista es el río Amazonas, y un camino de lodo que al cruzar se puede comparar con una odisea difícil y angustiada para el que quiera pasar del río a la casa o de la casa al río. Alrededor de la casa hay cerdos, pollos y gallinas. Son dueños de un gran terreno, tal vez más de 1.000 hectáreas, pero no las necesitan todas ni las usan. Solamente necesitan el techo donde viven.

Este par de ancianos viven sus días como si el tiempo no existiera, aman como si el amor creciera exponencialmente, tienen paciencia como si fuera la virtud más fácil de adquirir y sonríen como si estuvieran en el cielo.

Cuándo Juan Pablo le pregunta a Don José que si todavía ama a su esposa Graciela, sonrío de oreja a oreja con los pocos dientes que le quedan, cierra sus ojos y riendo dice: "claro que sí, yo amo a mi viejita desde el día en que la conocí, ella es todo para mí y somos absolutamente felices en esta chocita."

Dos ancianos demuestran que se puede vivir sin dinero, que, aunque suene imposible, hay personas como ellos que no lo necesitan y que, si lo tienen, para poder hacer uso de él, tendrán que viajar varias horas en una lancha hasta llegar a Leticia, la ciudad más cercana, para comprar algo que no necesitan del todo.

La bondad, la pureza y la ternura de estos dos personajes dejaron huella en el pensamiento y en la forma de ver la vida de Juan Pablo. Le abrió los ojos a una realidad desconocida, una realidad que se pierde al estar inmerso en el mundo del consumo, los placeres y lo efímero.

Al despedirse de Don José y Doña Graciela, para volver a la lancha, Juan Pablo conmovido y reflexivo me dice: *"mari recuerda que no es rico quien mucho tiene, si no quien poco necesita"*.

Así pasó una larga semana en el Amazonas con Juan Pablo, que se sintieron como meses de viaje y experiencia. Era el momento de volver a casa, pero antes de partir, Nelson le tenía a Juan Pablo una última sorpresa. Llevó a Juan Pablo a una comunidad llamada Macedonia, la cual es conocida en la región por ser el lugar donde se venden artesanías típicas del Amazonas, talladas en madera de un árbol llamado palo sangre. Esta madera de color rojizo es la materia prima de 1.200 artesanos en la zona.

Al llegar, lo recibió James Pérez alias el viejo James. Un hombre carismático, simpático y muy entrador. Lo saludó y se presentó formalmente tan pronto se bajaron de la lancha, los invitó a seguir a la pequeña plaza de la comunidad diciendo "bienvenidos a Macedonia, la comunidad donde todos somos una gran familia, somos 950 habitantes, más lo que se hicieron anoche".

Al caminar, lo hizo pasar a una casa ajena, mientras la dueña cocinaba y hacía aseo. Se sentaron a conversar mientras James saboreaba con placer un canangucho o un aruaje, fruta típica del Amazonas.

Todos en Macedonia son una gran familia y todas las casas son de todos, las puertas no tienen seguro y quien quiera puede entrar libremente, la confianza entre todos es absoluta, se apoyan, se acompañan y la violencia, los robos y los asaltos no existen.

A mí me gusta ser de ambiente, afirmaba James mientras alistaba otro canangucho para llevarse a la boca; me gusta vivir la vida y por eso decidí vivir en el Amazonas. No me gusta la ciudad, porque vas de una jaula que es tu casa a otra que es el carro. No existe en la ciudad el vivir que nosotros tenemos. El supermercado es la selva, no necesitamos plaza de mercado ni tiendas, lo tenemos todo aquí. Si quiero comer una fruta, la bajo del árbol, si quiero proteína lo pesco en el río o lo cojo del ganado. La naturaleza nos lo da todo.

Al igual que Don José y Doña Graciela, James aseguraba no necesitar el dinero. “Acá no pensamos en plata, solamente estas tranquilo y piensas en el otro, es muy lindo. Acá aprendí que todo es bueno cuando uno sabe sobrellevar las cosas. Uno mismo hace la energía, y uno mismo la siente. Yo tengo un corazón que no tiene espacio para rabia ni ira con nadie. Lo que pasa en las grandes ciudades es que la gente está acostumbrada a la rapidez, a la inmediatez, y en medio del corre corre, se les olvida lo realmente importante.

Acá en Macedonia, solamente hay tiempo para apreciar la realidad con amor y con tranquilidad, cada árbol, cada animal. En Amazonas no hagas nada con afán, pues la naturaleza no se puede sentir ni admirar estando embalado”.

Cuando terminó su sabio monólogo, Juan Pablo le preguntó cómo llegó a Amazonas y por qué tomó la decisión de quedarse a vivir allí. Él respondió con firmeza y absoluta seguridad: “un

rolo le dio la vuelta al mundo y después de haberlo visto todo, se quedó en Macedonia. Ese rolo hoy, se dedica a las artesanías”.

Con ganas de quedarse para siempre como James, Graciela y José Villa, como Nelson, Luz Estela y Edimilson, Juan Pablo se despidió del Amazonas para subirse en el avión que lo traería de regreso a Bogotá, a su realidad, con su familia y sus responsabilidades. Pocas veces he visto a una persona tan compenetrada con la naturaleza y lo que esta representa. Juan Pablo se fue prometiendo volver al año siguiente. Han pasado casi tres años y no ha vuelto, ha estado sumergido en la realidad de la gran ciudad. Como todos los seres humanos, sigue creciendo, trabajando, luchando todos los días de su vida y anhelando que esa gran utopía de vivir en medio de la naturaleza sin la necesidad de depender del dinero algún día se haga realidad, y poder entonces decir y vivir que no es rico quien mucho tiene si no quien poco necesita. Por lo pronto seguirá estudiando psicología para graduarse, trabajar, casarse, tener un consultorio donde atender a sus pacientes y un día volver solo, con su esposa o con sus hijos para vivir y poder contar una nueva historia.

Agradecimientos

Esta Tesis me dejó anhelos cumplidos. Conversaciones y entrevistas a personajes con los que jamás hubiera imaginado que me sentaría a hablar. Quiero agradecerle a cada uno de ellos.

A mi profesor entrañable, no solo de filosofía si no de la vida, Jorge Leiva Durán; asimismo a uno de los periodistas y presentadores más grandes que tiene Colombia, no solo por su profesionalismo, sino por su talento y sobre todo, por su humanidad, sencillez y bondad: Juan Eduardo Jaramillo.

Javier Baena: un erudito del periodismo, aunque abogado de profesión, un ser que emana bondad y sabe enseñar como los grandes, sin duda uno de los mejores maestros a lo largo de mi carrera.

A mi familia, que como dice el viejo cliché, siempre creyeron en mí; a dos grandes periodistas que no necesitan introducción, que aceptaron tener una entrevista conmigo para sacar adelante este proyecto: Leila Guerriero y Germán Castro Caycedo. Gracias a Dios, y a los patrocinadores y donadores que hicieron posible el viaje por Colombia, gracias por permitirme entregar y concluir mi carrera universitaria, y empezar mi vida profesional con este proyecto llamado: *Los Zapatos de mi Gente*.

Referencias

- (1 de diciembre del 2016). Minambiente. ¿Qué son los negocios verdes? Recuperado de: <http://www.minambiente.gov.co/index.php/component/content/article/1381-plantilla-negocios-verdes-y-sostenibles-38>
- (11 de febrero de 2016) *¿Por qué están muriendo los niños en La Guajira?* El Espectador
- (14 de Julio del 2016) Hallan el “tesoro” escondido en La Guajira. *Revista Semana*.
- (20015-2016). Leticia-Amazonas. Recuperado de: www.leticia-amazonas.gov.co
- (2015- 2016) Alcaldía de Tuchín – Cordoba. Recuperado de: <http://www.tuchin-cordoba.gov.co/index.shtml#2>
- (2015-2016). Sitio oficial de Uribia en La Guajira, Colombia. Recuperado de: <http://www.uribia-laguajira.gov.co/index.shtml#2>
- BOND, F. Fraser, *Breaking into Print*, McGraw Hill Book Co., Nueva York, 1933;
- BOND, F. Fraser, *Introduccion al Periodismo*, Limusa Wiley, México, 1965
- Castro, G. (1976). *Colombia amarga*. Bogotá, Colombia: C. Valencia Editores.
- Castro, G. (2015). “El oficio de los periodistas es plasmar la vida”: Castro Caycedo. *El Tiempo*.
- Fallaci, O. (1974). *Entrevista con la historia*. 1ª ed. Barcelona: Editorial Noguer.
- FONTAINE, Andre y GLAVIN, William, *The Art of Writing Nonfiction*, Syracuse University Press, Nueva York, 1987, p. 188.
- García, G. (1996). *Noticia de un secuestro*. 1a ed. New York, N.Y., U.S.A.: Penguin Books.
- Guerriero, L. (2008). “La lección de Homero”. *El Malpensante*, No.88.
- Guerriero, L. (2009) “Viajar, contar, viajar” *Revista dominical del diario chileno El Mercurio*.
- Guerriero, L. (2016) *Zona de Obras*. 2ª ed. Bogotá, Colombia: Editorial Anagrama S.A con Grupo Penta Distribuidores S.A.S

Guerriero, L. (n.d.). *Una historia sencilla*. 1ª ed. Editorial Anagrama.

Henley, W. (n.d.). *Poems*. 1a ed. Champaign, Ill.: Project Gutenberg.

HUBBARD, J. T. W., *Magazine Editing for Professionals*, Syracuse University Press, Nueva York, 1989, p. 21.

Jaramillo Agudelo, D. (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. 1a ed. Madrid: Alfaguara.

Joseph Ratzinger (Discursos) (2014, 01,20) Dictadura del Relativismo - Joseph Ratzinger Abril, 2005 (Archivo de video) Recuperado de:
<https://www.youtube.com/watch?v=37PuFbfGy9I>

Leñero, V. and Marín, C. (1986). *Manual de periodismo*. 1a ed. México: Grijalbo.

Moore, L. (2002). *Autoayuda*. 1st ed. Barcelona: Salamandra.

Saint-Exupéry, A. (2001). *El principito*. 1a ed. Madrid: Alianza Editorial.

STEIN, M.L., *Getting and Writing the News. A guide to Reporting*, Longman, Nueva York, 1985, P 253

WITT, Leonard, *The Complete Book of Feature Writing*, Writer's Digest Book, Ohio, 1991